

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

EN VACACIONES



KAMON SOPENA - EDITOR
PROVENZA 93-97 BARCELON

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

En Vacaciones

ILUSTRADO CON VARIOS GRABADOS EN
NEGRO Y CUATRO TRICROMÍAS



EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.
Provenza, 95. — BARCELONA

1934

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Published in Spain
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Derechos reservados

EN VACACIONES



LA CABAÑA DEL PASTOR

Rodaba por un camino perezosamente el carro de unos saltimbanquis, que no llegaban a una docena entre todos. Una de las mujeres, madre de dos muchachos, avispados y traviosos, iba enferma de alguna gravedad.

Triste era por esta razón el caminar de los saltimbanquis, de suyo tan alegres y conformes con su vida andariega. Iban todos callados, como si temiesen que molestara a la enferma el rumor de las conversaciones.

La infeliz mujer, a pesar de todos los cuidados de que la rodeaban aquellas gentes, tan buenas en el fondo como desgraciadas, se agravaba por momentos, por lo que fué preciso que el carro hiciese alto en la marcha, y, como la marcha les era necesaria a todos para llegar a algún poblado donde trabajar y poder comer, no hubo otro remedio que dejar

a la enferma con sus dos hijos y continuar adelante.

Los dejaron en una pobre cabaña, confiados a sus humildes dueños. Pastores eran éstos y atendieron a la enferma, dentro de su miseria, con toda solicitud. La desventurada madre abrazaba a sus hijos, como si temiera que iba a separarse de ellos.

Y no tardó en morir la dolorida madre. Cumplieron bien con ella hasta el último momento los buenos pastores, y quisieron proteger a los muchachos, dedicándolos a su propio oficio, donde nunca les hubiera faltado un pedazo de pan; pero los huérfanos, acostumbrados a la vida bohemia, no aceptaron la proposición de los pastores; y, ocho días después de haber sido enterrada su madre, abandonaron la cabaña del pastor.

Oscar y Raúl, que así se llamaban los

dos hermanos, eran muy diferentes, no sólo por el color del cabello, rubio el del uno y moreno el del otro, sino por sus inclinaciones.

Por el camino, y ya durante la primera jornada, comenzaron a repartirse la pocas ropas que les había dejado su madre, además de un portamonedas en el que encontraron los jóvenes un rosario y una moneda de oro.

Raúl en seguida reclamó para sí la moneda de oro, alegando ser el hermano mayor. Oscar, impulsado por su noble corazón, le dijo a su hermano:

—Toma la moneda, Raúl; yo me quedaré con el rosario; de todos modos, ambas cosas son recuerdo de nuestra madre.

Y quiso la casualidad que en aquel momento llegasen a cierta bifurcación del camino que se partía en dos; y, sin despedirse apenas, marchó Raúl por uno y Oscar por el otro... Como los caminos se alejaban entre sí, también se alejaban sus almas y sus vidas.

*
**

Hay en la corte de cierto reino un primer ministro cuya rectitud y severidad es de todos conocida. Hombre de una extremada energía, ha sabido imponerse a todos, amigos y enemigos, siendo de algunos tal vez odiado, pero fijamente de todos temido.

El Príncipe le tiene en mucha estima

y deposita en él toda su confianza. Nada resuelve sin su consejo y ordena que se ejecute en seguida cuanto su primer ministro dispone.

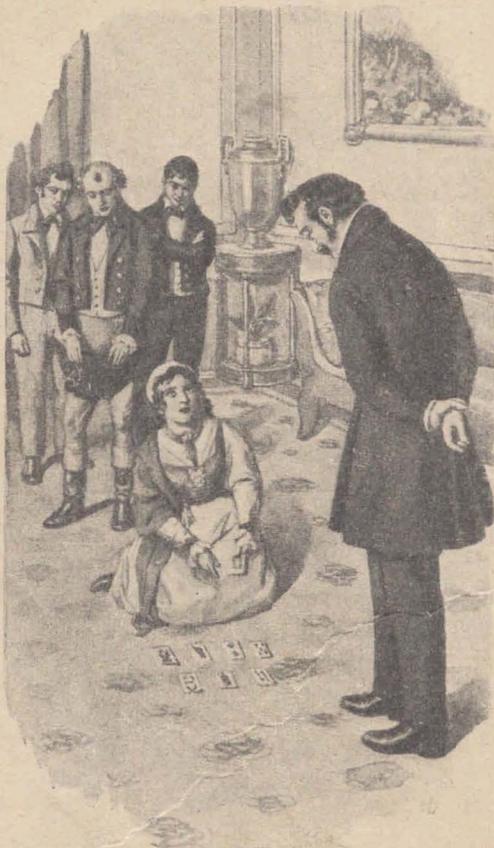
Sin embargo, éste aparece continuamente preocupado; tiene honores, riquezas, opulencia, cuanto quiere y, a pesar de todo, no es feliz. Y cierto día en que pasea inquieto por las acristaladas galerías de su palacio, divisa en las proximidades una pequeña tribu de bohemios, tal vez saltimbanquis, a los que rodea numeroso público.

Parece ser que una mujer de aquella pequeña tribu se dedica al arte de echar las cartas, es decir, de adivinar por ellas el pasado, el presente y el porvenir de la persona que lo solicita... Inmediatamente el ministro hace subir a su morada y entrar en su aposento a los cuatro individuos principales de aquella tribu, entre ellos a la hermosa echadora de cartas.

Las extiende ésta sobre la alfombra a los pies del ministro, y a una indicación suya, comienza a adivinarle todo el pasado.

— Señor... vuestra madre murió en una cabaña de pastores...

en vuestra infancia fuisteis saltimbanqui, como nosotros... os separasteis cierto día de vuestro hermano Oscar, y llegasteis a cierta población donde un comerciante os tomó a su servicio... Después de muchas vicisitudes os pasasteis



a la corte; aquí entrasteis de criado en casa de un conde; era hombre muy ambicioso pero le ganabais; de criado subisteis a secretario, a administrador, a su hombre de confianza; murió y os dejó su fortuna; ya erais rico; pero necesitabais honores, y entonces entrasteis en el ejército y en la política; vuestra ambición os ha llevado al puesto de primer ministro; pero vuestra ambición es más fuerte, más poderosa que vos y no se detendrá nunca.

La adivinadora calló; Raúl preguntó entonces, silbando las palabras al pasar por sus labios:

—¿Y no seré nunca feliz?

—Si queréis, sí.

—¿Qué he de hacer?

—La felicidad ha pasado una vez por vuestro camino y la despreciasteis, porque no supisteis verla.

—¿Y no volverá a pasar?

—No; pero podéis salirle al encuentro.

—¿Qué he de hacer, pues?

—No hay más que un solo medio.

—¿Cuál?

—Arrebatársela a vuestro hermano, que la conserva.

—¿Es cierto?

—Sí; pero tened cuidado, pues, si os equivocaraís al arrebatársela, en lugar de vuestra felicidad, encontraríais vuestra perdición.

—Está bien — dijo el primer ministro, levantándose—. Pasad por la administración, y se os dará una espléndida propina.

Y, mientras la adivinadora recogía del suelo las cartas y salía del aposento en unión de los otros saltimbanquis, Raúl, el ministro, volvió a pasearse pensativo por las galerías acristaladas.

Pasados algunos instantes, irguió el busto, crispó sus manos, y se dijo enérgicamente a sí mismo:

—Si puedo quitar a mi hermano la fe-

licidad, se la quitaré, y mi felicidad es sentarme en el trono. Linda historia la mía: de saltimbanqui a rey.

*

* *

Oscar, muy al contrario de su hermano, había emprendido un camino de honrado y modesto trabajo. También entró al servicio de unos señores ricos, pero, en lugar de sentir envidia y odio hacia ellos, como los hubiera sentido Raúl, atendió solamente a hacerse con la carrera de abogado, que le seducía; a fuerza de privaciones y vigiliás, consiguió triunfar en sus estudios, alcanzando el título de licenciado en Derecho y estableciéndose en una capital de segundo orden, bastante alejada de la corte.

Cierto día recibió una visita que le complació y le conmovió profundamente; era una tribu de saltimbanquis, los mayores de los cuales tenían alguna más edad que Oscar; venían a saludarle como a un antiguo amigo. El abogado los recibió muy afable, los obsequió cuanto pudo, y, como hablaban de los progresos realizados por Raúl, que de saltimbanqui, como ellos, había subido a primer ministro, Oscar ideó que pasaran por los alrededores de su palacio, echando las cartas, y que le predijesen, si él los llamaba, cómo la felicidad tenía que quitársela a su hermano, si la deseaba.

—De este modo — pensaba Oscar — él vendrá a verme, intrigado por el consejo de la adivinadora, y yo lo convenceré y lo volveré al buen camino.

Algunos días después, los saltimbanquis se hallaron de regreso en la ciudad aquella, y explicaron al abogado Oscar cuanto les había acontecido con su hermano Raúl, el primer ministro.

En esta conversación se hallaban, nuevamente invitados por el antiguo saltim-



banqui, cuando llamaron estrepitosamente a la puerta.

Asustáronse todos, y Oscar en persona fue a abrir. Se halló frente a un pelotón de guardias, cuyo jefe alargó al abogado un rollo de papel, diciéndole:

—Ahí tenéis, abogado Oscar, una orden real en la que se os comunica que abandonéis inmediatamente el reino, quedando confiscados vuestra casa y todos vuestros bienes, de cualquier género que sean: sólo se os permite salir con el vestido que lleváis puesto y algunas monedas de oro, muy pocas, que se os darán para que podáis cruzar la frontera e internaros en el país vecino. Yo mismo os acompañaré.

Quedaron sorprendidos el abogado y los saltimbanquis, pero uno y otros comprendieron que era preciso obedecer, porque el resistir a aquella orden, tan violenta y tan injustificada, significaría cambiar el destierro por la cárcel.

Así es que Oscar, extrañado en su in-

terior del proceder del primer ministro, que era su hermano, pero disimulándolo exteriormente, dijo:

—Pronto estoy; conducidme a donde queráis.

—Podéis despediros de esta gente —dijo el oficial.

Y con gran pesadumbre, en él y en todos, estrechó las manos de sus antiguos compañeros. La hermosa echadora de cartas le habló así al oído:

—¿Por qué no dices que eres hermano del primer ministro?

—Porque el primer ministro se avergonzaría de que supieran todos que tiene un hermano humilde como yo.

—Pero bien puede figurarse que tú lo descubrirás.

—No lo habrá supuesto cuando ha presentado al Príncipe esa orden para que la firmase.

—¿Y qué intentará con ello?

—¿No le dijiste tú que la felicidad podrá tenerla quitándomela a mí?

—Eso le dije.

—Pues él ha pensado que, quitándome todo, tenía, necesariamente, que quitarme la felicidad.

—Cortó esta despedida, que ya se prolongaba, el oficial; salieron de la casa los saltimbanquis; selló la policía todas las puertas; no se permitió a Oscar ni siquiera cambiar de traje, ni moverse de allí tan sólo, y aquella misma noche, Oscar, el oficial y un ordenanza, montados en briosos caballos, abandonaron la ciudad, emprendiendo veloz carrera a través de las montañas, cubiertas de nieve.

Llevarían próximamente un par de horas galopando, cuando a sus oídos llegó un alarido humano, como grito desesperado de socorro... Ni el oficial ni el ordenanza hicieron el menor caso de ello, pero, instados repetidas veces por Oscar, que tenía un buen corazón, pusieron a buscar al ser humano que exhalaba aquellos lastimeros quejidos.

Y lo hallaron. Era un hombre joven, de irreprochable aspecto, que presentaba síntomas de haber sido maltratado furiosamente y despojado de todo abrigo; hallábase tendido en la nieve y tiritaba de frío... Oscar y el oficial se inclinaron sobre él, auxiliándole... Les refirió cómo galopando por aquellos parajes él solo, salió a su encuentro un soldado que, sin decirle una sola palabra, la emprendió a sablazos con él derribándole, dejándolo por muerto y llevándose el caballo. Entonces, por suerte o por desventura suya, apareció una cuadrilla de malhechores; al divisarla, huyó el soldado, perdiendo el sable y el morrión, y el tropel de bandoleros cayó todavía sobre el infeliz, despojándole de cuanto dinero llevaba y hasta de su grueso abrigo...

Oscar le indicó dónde podría encontrar otro caballo, y rogó al oficial que lo acompañaran hasta una aldea próxima, donde pasarían la noche los saltimban-



quis. Y el desconocido, demostrando un gran reconocimiento por aquella alma noble, sacó del interior de su americana una cruz, y se la colocó muy emocionado en el pecho, diciéndole:

—Enseñad esa cruz al Príncipe y os concederá cuanto le pidáis. Al salvarme a mí esta noche... habéis salvado al Príncipe.

El oficial, que tenía entre sus manos una del desconocido, le pidió que explicase aquellas palabras, pero él se negó, diciendo:

—También tendréis vuestra recompensa, oficial; seréis, cuando llegue el momento, ascendido.

Rayaba el alba y el misterioso personaje, ya en salvo, aunque dolorido aún, galopaba hacia la corte. En dirección opuesta galopaban también Oscar, el oficial y el ordenanza, camino del destierro.

*
* *

Raúl no cabía en sí de gozo. Por fin sus ambiciones iban a verse cumplidas, su sueño iba a tener la más completa realización... Aquel sueño suyo de destronar al Príncipe y colocarse él en su lugar, subiendo con un golpe de audacia al trono, era toda su felicidad, y ésta la conseguiría, según le dijo la saltimbanqui, arrebatándosela a su hermano.

Por eso le había quitado de un golpe a Oscar cuanto poseía, creyendo que así le despojaba de lo que constituía su felicidad y que ésta se le pasaría a él por entero.

Entregada estaba su alma a tales pensamientos, cuando una voz de hombre pidió permiso para entrar en su aposento.

—Adelante — dijo secamente Raúl.

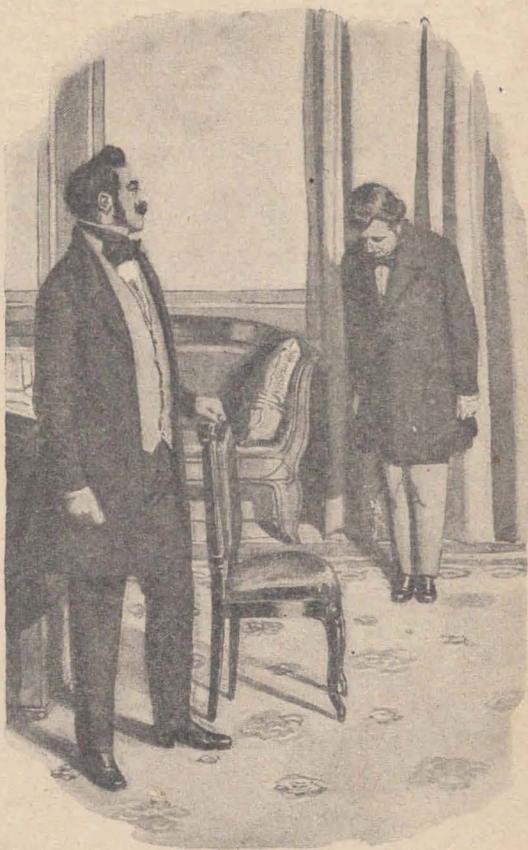
El recién venido hizo una profunda inclinación, murmurando.

—A vuestras órdenes... Alteza.

—Todavía no — exclamó sonriendo el primer ministro. Y preguntó en seguida—: ¿Está ya todo preparado?

—Todo.

—¿Está decidido que mañana demos



el golpe que destrone al Príncipe?

—Mañana.

—¿Y no hay traidor ninguno entre los conspiradores?

—Ninguno.

—¿Ni nadie nos ha descubierto?

—Nadie: solamente una persona lo sabía en el mundo, que pudo habernos perdido a todos; pero esa persona ha callado para siempre.

—¿Estás cierto de eso?

—Anoche le magullé yo mismo con el

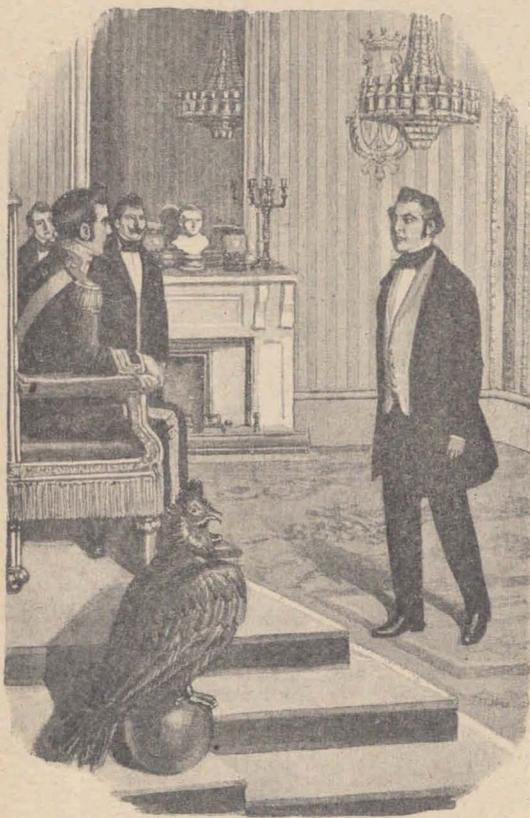
sable, y unos bandoleros que se presentaron se encargarían de darle fin.

—Te ordené que te apoderases de él, golpeándole; pero sin herirle.

—Los bandoleros estorbaron esa parte del plan; pero ellos mismos, matándolo, nos han favorecido.

—Muy bien. ¿Y qué venías ahora a decirme?

—Que el Príncipe os llama.



—Voy allá. Hoy le obedezco a él; mañana él daría su vida toda por poder obedecerme a mí.

Cuando ambos entraron en la regia cámara, en aquella linda saleta del trono, el Príncipe habló así:

—Os he llamado, mi querido ministro, para que asistáis a una audiencia que he concedido a cierto caballero que no me inspira gran confianza.

Dicho esto, ordenó que el tal caballero fuese introducido, y no tardó ciertamente en presentarse... Era un apuesto joven, elegantemente vestido, que avanzó con decisión hasta las gradas del trono, y dobló una rodilla en tierra ante el Príncipe, mientras el primer ministro y su cómplice palidecían horriblemente.

Instado por el soberano a que se levantase y expusiera el motivo de su visita, habló con gran denuedo y energía, de este modo:

—Alteza, vengo a revelaros que existe una conspiración contra vos, para arrojaros del trono.

El estupor del Príncipe fué inconcebible; hízose decir la fecha del golpe que se proyectaba contra él, las posiciones de los conspiradores, su plan, la fuerza de que disponían y, por último, el nombre del audaz que dirigía aquel movimiento.

Titubeó el visitante, cual si temiera que el Príncipe no le creyese, pero, como éste le instó a que lo descubriera, dijo, al fin:

—Señor, el jefe de la conspiración es vuestro primer ministro.

Raúl recibió con una gran carcajada la colérica mirada del Príncipe.

—Alteza — dijo —, ¿haréis caso a la historia forjada por un loco? Permitidme que lo detenga.

—Sois vos quien queda detenido—exclamó el soberano; y, apretando al mismo tiempo un timbre, ocultó en el trono, llenóse de guardias toda la saleta, que, a una indicación del Príncipe, y no sin extrañarse todos, cayeron sobre el primer ministro, maniatándole como a lo que realmente era, como a un gran malhechor.

*
* *

El hombre audaz que, de saltimbanqui llegó a primer ministro, quiso subir aún más, a ser Príncipe, y cayó de un golpe en la celda de una prisión. Sus flamantes vestidos, sus entorchados, placa's y cruces, y sus enhiestos bigotes, que acusaban poder y dominio, viéronse substituídos por el afeitado rostro y el bochornoso uniforme del presidiario.

Todas las órdenes que últimamente había dado fueron revocadas, y, por lo tanto, también la de destierro contra Oscar, que fué alcanzado ya cerca de la frontera.

Raúl estaba anonadado; véfase solo en la celda, señalado ignominiosamente por el dedo de las gentes. A nadie podía inspirar la menor piedad.

Angustiado y sollozante, púsose a recorrer con la imaginación el camino de su vida pasada; entonces se acordó de su hermano; mas pensó con amargura que si Oscar no se acercó a pedirle nada cuando le vió primer ministro, nada vendría a darle ahora, viéndole perdido y anonadado.

Pero su corazón, empequeñecido siempre por las ambiciones, se equivocó. A Oscar le faltó tiempo para ir a ver a su hermano, para ofrecerse a él y consolarle y tenderle los brazos.

El encuentro entre los antiguos pequeños saltimbanquis fué de gran emoción y ternura. Regresaron sus vidas por un momento al camino aquel donde se separaron, y penetraron sus almas en la cabaña de los pastores donde moría la madre. Las lágrimas de los dos hermanos se confundieron; el espíritu de la madre también lloraba con ellos desde la otra vida.

—Me engañó la saltimbanqui, Oscar— dice el presidiario.

—No—contesta el otro—. Ella te aseguró que arrebatándome la felicidad recobrarías la tuya, y tú creíste que mi felicidad era mi casa y mis bienes, y mi carrera y mi pequeña fortuna.

—¿Y no era eso?

—No: era el recuerdo que nuestra madre me dejó; el que yo escogí.

—¡El rosario!

—Eso mismo: ahí lo tienes. Tú escogiste la moneda de oro en la que no puede cimentarse nada, porque se cambia y rueda y se pierde; yo me quedé con el rosario, que nadie me hubiese comprado, ni cambiado, ni quitado en el mundo, y yo tuve a nuestra madre siempre junto a mí en mi recuerdo, mientras que tú, ¿cómo ibas a ponerla en aquel recuerdo que tan poco duraría en tus bolsillos?

Callaba el preso muy emocionado, llevándose a la boca repetidas veces el rosario, y confundíéndose en él sus besos y sus lágrimas...

¡Qué arrepentido estaba de toda su miserable vida llena de egoísmos y ambiciones, perdido por completo el recuerdo de la madre!

... ..

Por fortuna, la magnanimidad del Príncipe le salvó del patíbulo; sin embargo, fué condenado a cadena perpetua; pero Oscar hizo valer ante el soberano los derechos que significaba aquella cruz que le fué entregada por su auxilio al salvador del trono, y el Príncipe comprendió que, si un hermano había querido perderle, el otro le había salvado, y concedió toda su gracia a Raúl.

Los antiguos saltimbanquis ya no se separan. Son felices porque son buenos y tienen los corazones unidos como las cuentas del rosario de su madre.

EL TIGRE OBEDIENTE

Entre los artistas del circo ecuestre reinaba la mayor armonía. Llevábanse todos, más que como camaradas, como hermanos, respetando al viejo Fakir, que era de todos el más antiguo y que venía a ser como el patriarca de aquella familia de saltimbanquis.

Fakir, que de tal modo era nombrado por haber nacido en el Indostán, era un gran domador de animales; tenía los de todas las clases y de las más feroces: entre otros, un oso, un león, un elefante y un tigre. Las cuadras que él ocupaba en el circo semeñaban una miniatura de las grandes selvas africanas, y las jaulas en que sus «artistas», como él decía, viajaban, eran como verdaderas arcas de Noé.

Aquello era toda su vida; sin padres, sin mujer y sin hijos, la familia de atletas, acróbatas, excéntricos y payasos era toda su familia. Mucho los quería él a todos y todos a él; y constantemente se le oía decir que en una de sus profundas faltriqueras guardaba el testamento, en el cual dejaba sus fieras a los artistas más pobres de la *troupe*.

En los largos viajes por ferrocarril y en los descansos de las representaciones, solía reunir en su torno a los chiquillos de la compañía, a los futuros grandes artistas, y les explicaba pasajes de su historia, sucesos de la vida de sus animales, y los contaba con tal sencillez e intención, que intrigaba y entretenía a los pequeñuelos.

De entre éstos había tres, huérfanos, dos niños y una niña, que eran quienes con más atención y gusto escuchaban a Fakir; por eso era a ellos a quienes Fakir más quería. Cierta noche les refirió la historia de un tigre, que produjo en sus infantiles almas una honda emoción.

—Mirad — les dijo—. Compré yo una vez en Calcuta cierto tigre del que se contaba un suceso extraño y peregrino.

—A ver, a ver — exclamó alborozada la niña.

Y los muchachos también repusieron: —Cuenta, cuenta, Fakir.

—El tal tigre había pertenecido a un domador árabe que tenía un hijo. Al morir el padre se lo dejó a ese hijo en herencia, diciéndole: «Sé bueno siem-

pre; no cometas jamás ninguna acción indigna de ti; mientras obres bien, el tigre te obedecerá y hará tu suerte; pero el día en que tu conciencia haya de acusarte de algún delito, lo conocerá en seguida el tigre y, desobedeciéndote, caerá sobre ti y te despedazará...»

—¡Uy, qué miedo! — exclama asustada la pequeña artista, refugiándose entre sus compañeros, como si viera el tigre delante.

—¿Y qué pasó? — preguntan casi simultáneamente los muchachos, en los que puede más que el miedo la curiosidad.

—Pues sucedió — continúa Fakir — que murió el padre; quedó el hijo con el tigre, lo paseó por las ferias de las pequeñas ciudades y se ganó perfectamente la vida, siendo bueno y honrado. Pero una vez, no sé qué pensamientos se alojaron en su cabeza; ello es que quiso ser rico y vivir sin trabajar, fue-

vió como la conciencia le acusaba de un grave delito, notó un escalofrío por sus espaldas, un estremecimiento de todo su ser, parpadeó sin quererlo su vista, y... sintió que le desgarraban fieramente el pecho las zarpas del tigre.

—¡Qué horror! — murmuraron casi al mismo tiempo los tres pequeños oyentes.

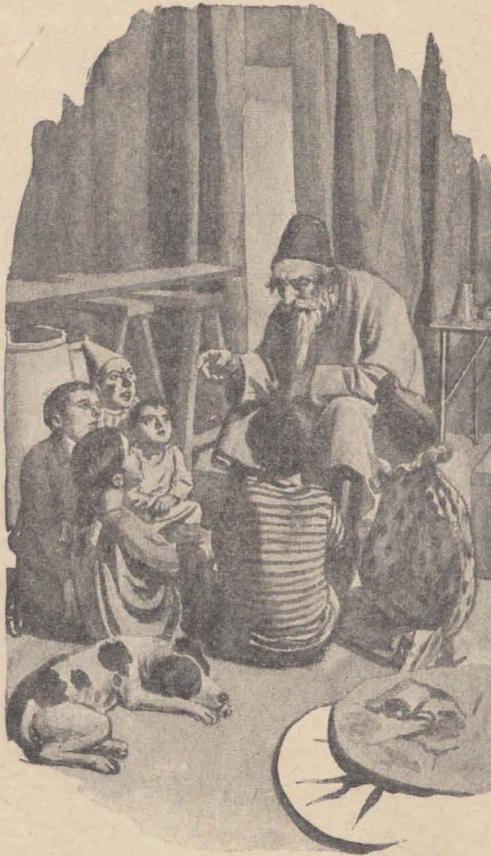
Una voz los llamó entonces a la pista, abandonando precipitadamente a Fakir. Acercósele entonces a éste un clown que había escuchado la narración, y le preguntó:

—¿Es cierto eso que has referido?

—Completamente cierto.

—Y, ¿qué explicación tiene?

—Muy sencilla. El tigre era dominado siempre por la fuerza hipnótica de la mirada del domador, y, mientras éste se hallaba sereno, dominaba a la fiera; pero aquel día, cuando se acordó del delito que acababa de cometer,



...solía reunir en su torno a los ehiquillos de la compañía... (Pág. 13.)

se como fuese; para conseguirlo, no dudó en entrar en relación con ciertos rufianes que lo arrastraron al delito de robar una casa de comercio. Y la robaron... Aquella noche entró el domador, como siempre, látigo en mano, en la jaula de su tigre. Los espectadores no cesaban de aplaudir su valor; pero, he aquí que una de las veces en que sus ojos dominaban a la fiera, recordó el consejo de su padre,

pensó en el consejo de su padre y en su amenaza; sin poder evitarlo, tuvo miedo, palideció, se turbó su vista y perdió su fuerza hipnótica la mirada; entonces el tigre cayó sobre él... La sentencia del muerto se había cumplido.

Los muchachos, vueltos de su trabajo, acometieron con mil preguntas a Fakir, que aquella noche, después de la función, los llevó a su cuadra, enseñándoles

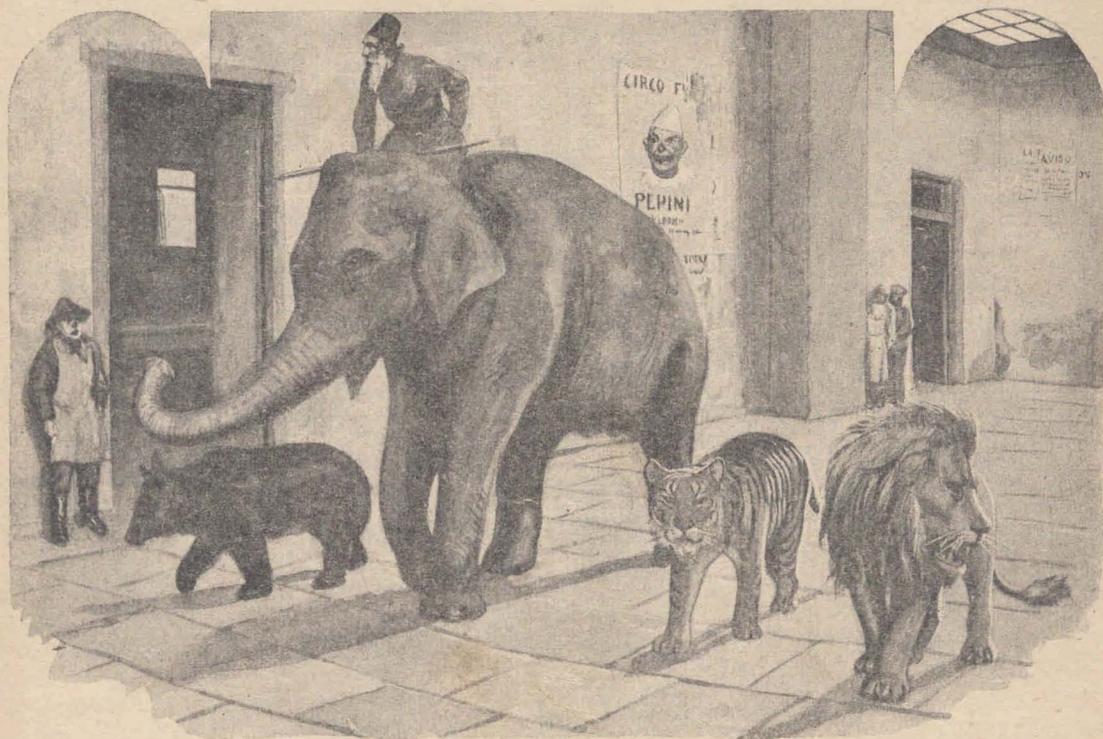
un pequeño tigrecillo de pocos días, y diciéndoles:

—Este es para vosotros, para los tres. Criadlo, que, si no se muere, os asegurará el pan para toda vuestra vida. Haréis de él lo que queráis; os seguirá a todas partes como un perro; pero no olvidéis que es hijo del tigre que acabo de contaros.

Esto hizo que los muchachos se estre-

Quedó inútil para el trabajo; repartió los animales entre sus compañeros y se refugió en un asilo, donde la tristeza y la nostalgia, antes que los dolores, acabaron con él.

Dolly, la muchacha, y Apolo y Dimas, los muchachos, heredaron, naturalmente, entre otras cosas, el tigrecillo, que les obedecía en todo, y les seguía a todas partes como un perro, causan-



mecieran; pero, a pesar de todo, se quedaron con el tigrecillo muy contentos...

Algunos años más tarde acaeció a Fakir una sensible desgracia. Conducía a sus animales por las cuadras del circo, subido en lo alto de su elefante, cuando éste recogió con su trompa a cierto artista nuevo de la *troupe*, lanzándolo contra una de las jaulas. Fakir fué a apearse presuroso, para acudir en su auxilio; mas lo hizo con tan mala fortuna, que cayó al suelo pesadamente, rompiéndose una pierna.

do espanto y admiración por doquier.

«Africano», que tal era su nombre, había crecido, haciéndose un hermoso tigre real.

*
**

La advertencia que Fakir había hecho a sus herederos con respecto al tigre, fué la siguiente:

—Si queréis — les dijo — que esta fiera no lo sea para vosotros y no os despedace, procurad pasar cada día vuestra mano por su lomo, pronunciando estas

palabras: «tigre, tigre, soy bueno, y por eso tú eres mi amigo».

Así lo hicieron siempre, muy contentos los tres con su extraña herencia. Ni un solo día dejaron de acariciar al animal diciendo las palabras de Fakir; bien comprendían que ninguna relación tenían aquellas palabras con que el tigre los respetara y obedeciese; mas, sin embargo, un extraño y oculto temor sentían no haciéndolo, como quien tiembla ante lo desconocido... No en balde se les había quedado en la imaginación la historia terrible en que intervino el padre de «Africano».

Pero un día...

Ocurrió que cierto pintor de gran renombre, espectador habitual del circo donde Dimas, Dolly y Apolo trabajaban, se prendó del tigre. Como el tal pintor era caprichoso y poseía una gran fortuna, entró en ganas de comprar la majestuosa fiera.

Los antiguos amiguitos de Fakir, ya ahora mayores, negáronse en un principio a deshacerse de «Africano», más aun que por el dinero que les permitía ganar con su mansedumbre y habilidades, por el cariño que habían puesto en él los tres.

Insistió el pintor repetidas veces, aunque inútilmente. Sin embargo, un acontecimiento que tuvo lugar poco tiempo después, puso al pintor en trance de realizar su deseo.

Dimas y Apolo querían a Dolly entrañablemente, como a una hermana; de tal era el cariño que recíprocamente se tenían los tres, unidos por los lazos del arte, de la vida común y de una común orfandad y aislamiento. Considerábanse solos en el mundo, y esta soledad era, precisamente, lo que los juntaba.

Sin embargo, Dimas había puesto en la muchacha más cariño de hombre que

de hermano, al revés que Apolo. Ella era buena en el fondo, pero tenía muy acentuados esos defectillos comunes a todas las mujeres: presunción y vanidad. Gustaba del lujo como ninguna otra, de los vestidos elegantes, de las joyas; y claro es que se inclinaba más a Dimas, porque siempre se afanaba en complacerla.

Así fueron modelándose los caracteres y formando un grupo Dimas y Dolly, que dejaban siempre a un lado a Apolo... Fatalmente tenía que ocurrir lo inevitable. Dolly pedía más vestidos y más joyas; Dimas no podía ya comprarlos con su sueldo de artista, y hubo de recurrir a los azares de la fortuna en el juego.

Pero en el juego perdió cuanto tenía y algo más; es decir, que quedó debiendo una cantidad respetable, después de comprometerse por su honor a pagarla. Entonces, Dimas y Dolly, viendo que no podían reunir el dinero que necesitaban, pensaron en el pintor y en el tigre.

Y, sin detenerse a reflexionar, ni pedir permiso, ni aun consejo a Apolo, que era también dueño como ellos de la fiera, llevaron a «Africano» a casa del pintor.

Este, que seguía con su entusiasmo por adquirir el precioso animal, al verlo frente a sí tuvo un susto grandísimo. Dimas lo tranquilizó diciéndole que se tendiera boca arriba en un diván, fingiéndose muerto, como así lo hizo, y que le aseguraba que en tal caso ningún daño le haría el tigre, aunque se acercase a sus mismos pies.

Quieto permanecía, en efecto, el animal bajo las caricias de su dueño, mientras el corazón del pintor latía con vehemencia, y uno de sus discípulos que, vestido de bombero estaba sirviéndole de modelo poco antes, se ponía a salvo apresuradamente tras la primer puerta.

Una hora después el trato quedaba he-

cho: «Africano» pasaba a ser propiedad del pintor, que dió por él una crecida suma. La situación estaba resuelta. Con aquel dinero pagarían su deuda Dolly y Dimas, no importándoles nada lo que pensara ni lo que hiciese Apolo.

Este, que sospechó lo ocurrido, les preguntó en seguida por el tigre. Contestaron ellos al principio con evasivas, y le dijeron luego, descaradamente, la verdad... Entonces se promovió un fuerte altercado entre los artistas; y resultado de él fué que Dimas y Dolly cayeron sobre el bondadoso Apolo, abofeteándole, negándole toda parte del dinero recibido, y riéndose, además, de él.

La amargura de Apolo fué grande, infinita; él no supo volverse iracundo contra los que le golpeaban, porque los tenía por hermanos; y los golpes aquellos, más que en las mejillas, habíalos recibido en pleno corazón.

Con desconsuelo inmenso los vió alejarse entre risotadas. Cualquiera, en su caso, habría tendido hacia ellos los puños, prometiendo venganza. Apolo, no.

*
* *

El desencanto del pintor con el tigre fué grande. Creyó que la fiera le obedecería como a sus antiguos dueños, yendo con él, mansa y humilde, a todas par-

tes, pero no fué así. El animal desconocía a su nuevo amo, y alzaba amenazadoramente las zarpas contra él apenas le veía.

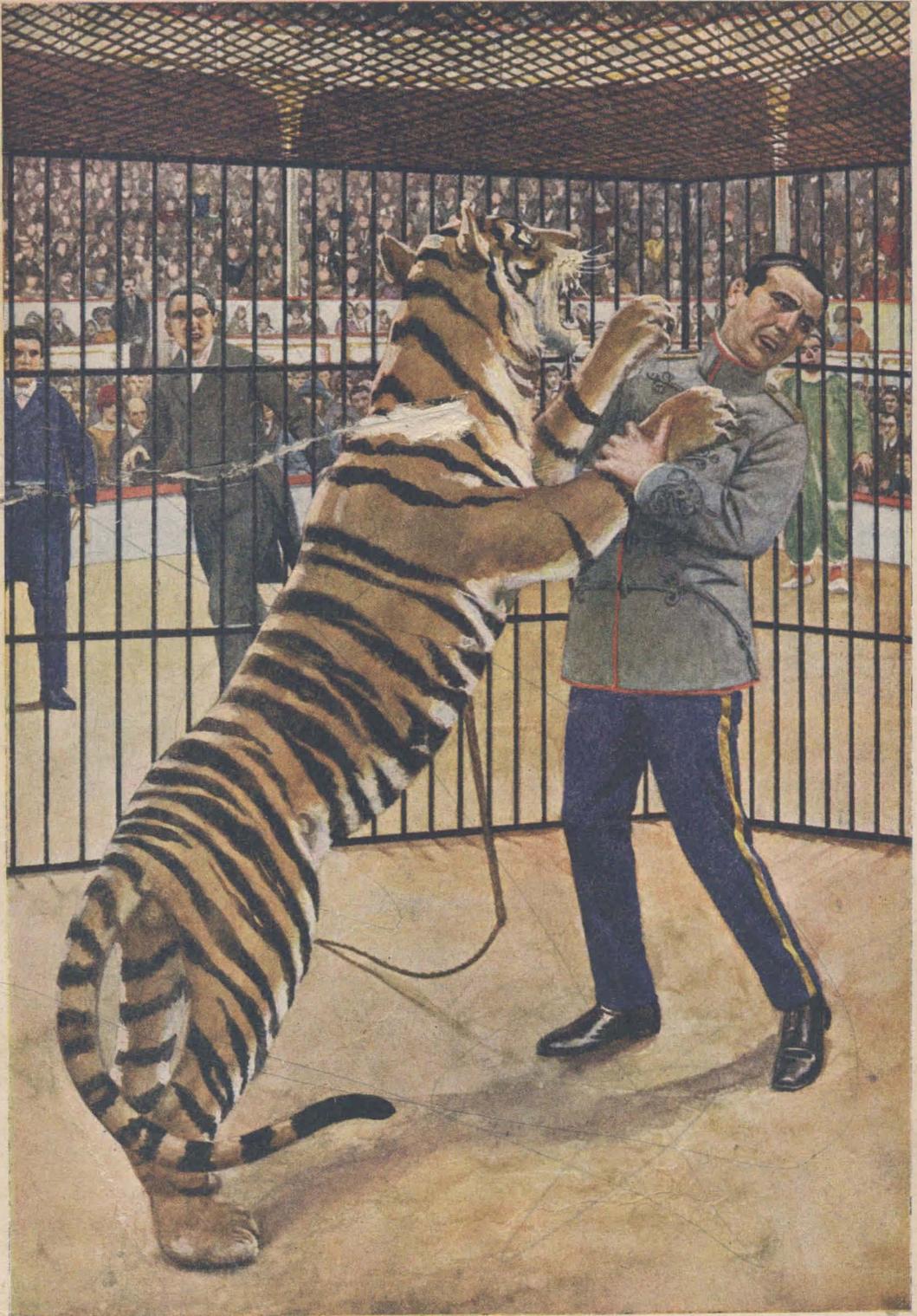
Hubo necesidad de encerrarlo en una jaula de hierro en medio del jardín, y ya estaba dispuesto el pintor a vender por un precio cualquiera lo que tan caro le costó, cuando quiso la suerte que aquel mismo día se presentara un muchacho joven solicitando entrar de criado y ofreciéndose a cuidar él solo del animal.

Accedió el pintor muy de buen grado, tanto más cuanto que toda la servidumbre quería marcharse de la casa para no verse obligados a cuidar del tigre, y Olopa, que éste era el nombre del criado nuevo, se instaló unas horas después junto a la jaula.

Al cabo de algún tiempo se observó que «Africano» obedecía enteramente a su guardián; Olopa entraba y salía de la jaula, lo acariciaba, se acostaba a su lado, jugueteaba con él sin que la fiera le hiciese daño ninguno. Y aun se ofrecía a más el criado nuevo: a abrirle la puerta al tigre y a dejarlo andar libremente por el jardín, aunque sin separarse de su lado. Pero a esto no accedió el pintor, que sentía ya verdadero terror por el felino.

Así las cosas, cierto día se presentó ante el dueño de «Africano» una mujer joven y hermosa, aunque con visibles





...sintió que le desgarraban fieramente el pecho las zarpas del tigre. (Pág. 14.)

señales en su rostro de haber sufrido mucho. El pintor la reconoció en seguida, y la acogió en su estudio muy afectuosamente.

—¿Es usted, Dolly? ¿Y qué me cuenta de su vida?

—Mire usted, señor — dijo ella, que no era otra sino la antigua artista de circo—. Vengo a saludarle y a suplicarle un favor señalado.

—Usted me manda, señorita.

—Desde que mi amigo Dimas y yo le vendimos a usted el tigre, todo nos ha ido mal. Con lo que usted nos dió por él, pagamos nuestras deudas y aun nos quedó algo para volver a jugar. La fortuna se puso a nuestro lado y ganamos una cantidad enorme de dinero... Pero el dinero que no se adquiere por el trabajo parece que no tiene valor; nosotros no le dimos ninguna importancia, y en pocos meses nos quedamos sin un céntimo... Hemos pasado muchas privaciones, hemos sufrido muchos

dolores, enfermedades y miseria, hasta hambre a veces, y hemos decidido que esta situación concluya. Por eso vengo a usted, pidiéndole que nos venda a «Africano», con el cual, y solamente ya con él, podremos ganarnos la vida. A usted le satisface un capricho; a nosotros nos llenaría una necesidad; se lo iremos pagando poco a poco.

Se conmovió el pintor al oír aquella súplica tan sencilla y dolorosa, y se dispuso a complacer a Dolly.

—Vuelva tranquila a su casa, señorita. «Africano» tornará a ser de ustedes.

Lo agradeció vivamente la artista, enjugó una lágrima que corría por su rostro, ajado pero bello, y salió.

Media hora después se encontraba junto a Dimas en el cuarto que, alquilado, tenían en una fonda de tercer orden.

Su compañero le preguntó con ansiedad:

—¿Y bien?

—Ya tenemos tigre — repuso ella—. El pintor nos lo vende en inmejorables condiciones. Hay que avisar al empresario. Puedo debutar la semana que viene.

—Eso es. Va a ser un acontecimiento. Es una fortuna que «Africano» viva todavía.

En aquel momento llamaron a la puerta, apareciendo una doncella del hotel. Dijo que un hombre preguntaba por ellos.

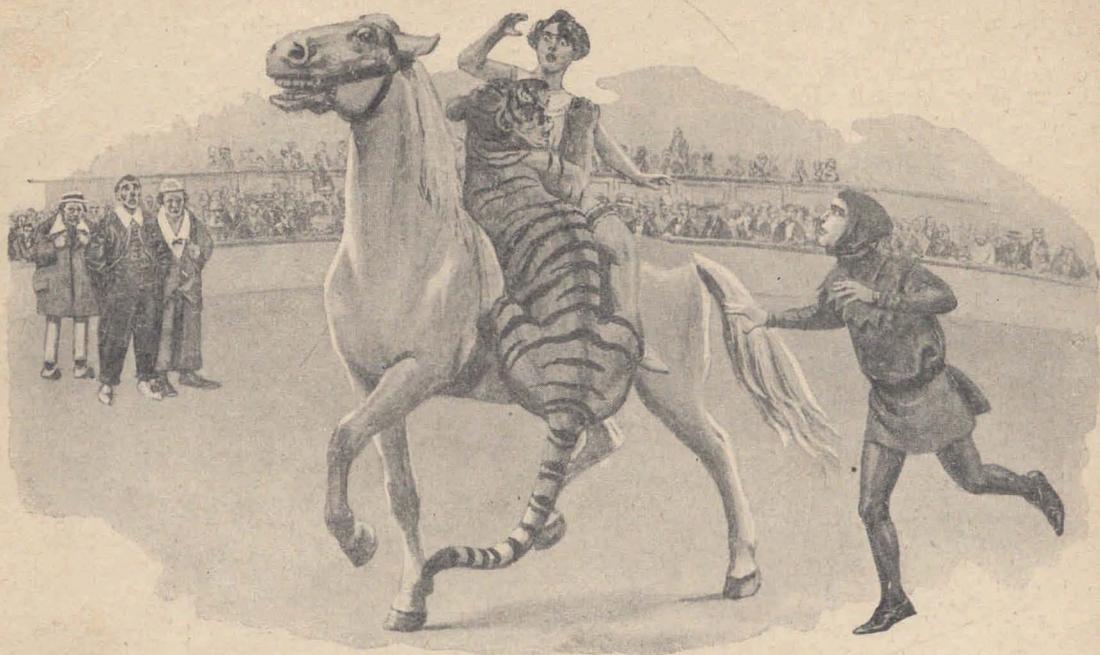
Pasó éste, y quedaron estupefactos Dolly y Dimas: era su antiguo compañero Apolo.

—¿Qué quieres tú aquí? — preguntó violentamente Dimas.

—He seguido los pasos de Dolly y sé que ha solicitado de nuevo nuestro antiguo tigre. Vengo a deciros que no entréis en tratos con «Africano», porque lo



¡Jugueteaba con él sin que la fiera le hiciese daño ninguno. (Pág. 17.)



pasaréis mal. Recordad aquellas palabras de Fakir. ¿Le habéis pasado la mano por el lomo todos los días pronunciando dichas palabras al mismo tiempo? No, ¿verdad?, pues preparaos para una desgracia.

Dimas y Dolly replicaron con sátiras y burlas a Apolo, le dijeron que lo que pretendía era vivir nuevamente a costa de ellos, le insultaron, le escarnecieron, y, por segunda vez, abofetearon, uno y otro, sus pacientes mejillas.

Apolo salió de allí enfurecido. Ahora sí crispaba los puños amenazando venganza. Si Dimas y Dolly hubieran visto entonces su rostro, habrían temblado seguramente.

*
* *

Las proféticas palabras de Fakir se cumplían...

El circo, repletísimo de gente, era una ascua de luz y de colores. La atracción anunciada había despertado por doquier

inmensa expectación. Tratábase de una amazona que atraería a un tigre desenjaulado sin más que llamarle. Las localidades se habían pagado a muy alto precio. Dolly, la amazona, había exigido por su trabajo un sueldo enorme.

Todo estaba preparado. Subió a su blanco caballo la *ecuyère*, que se colocó en el centro de la pista. Echáronse clowns y otros artistas a un lado y se abrió la puerta al tigre. Entonces Dolly lo llamó con aquellas palabras que habían sido siempre obedecidas, pero «Africano», sin hacer caso de ellas, desconociendo completamente a su antigua dueña, dió sus zarpas al aire de terrible manera, y saltó sobre el caballo.

Dolly, atemorizada, se dejó caer al suelo, en el preciso instante en que un hombre joven, vestido de rojo, saltaba al mismo tiempo que el tigre sobre el caballo, e intimando al animal con ciertas enérgicas palabras, conseguía que dejase su presa y que se humillara a sus pies en la arena de la pista.

«Africano» había sido vencido totalmente por aquel hombre, que, acariciándole, logró entrarlo en la jaula... El público, que acababa de sufrir un escalofrío de angustia, prorrumpió en una ovación estruendosa y delirante... Aquel hombre era Apolo.

Poco menos que desmayada, Dolly tuvo que ser conducida a su cuarto... Apolo fué a encontrarla allí. Se cruzaron sus ojos y callaron sus labios... Estaban hablándose sus almas.

*
* *

Dimas no había querido asistir al circo. Una nerviosa enfermedad le aquejaba y el presentimiento de que algo tremendo iba a ocurrir aquella noche, lo retenía en el cuarto de la fonda.

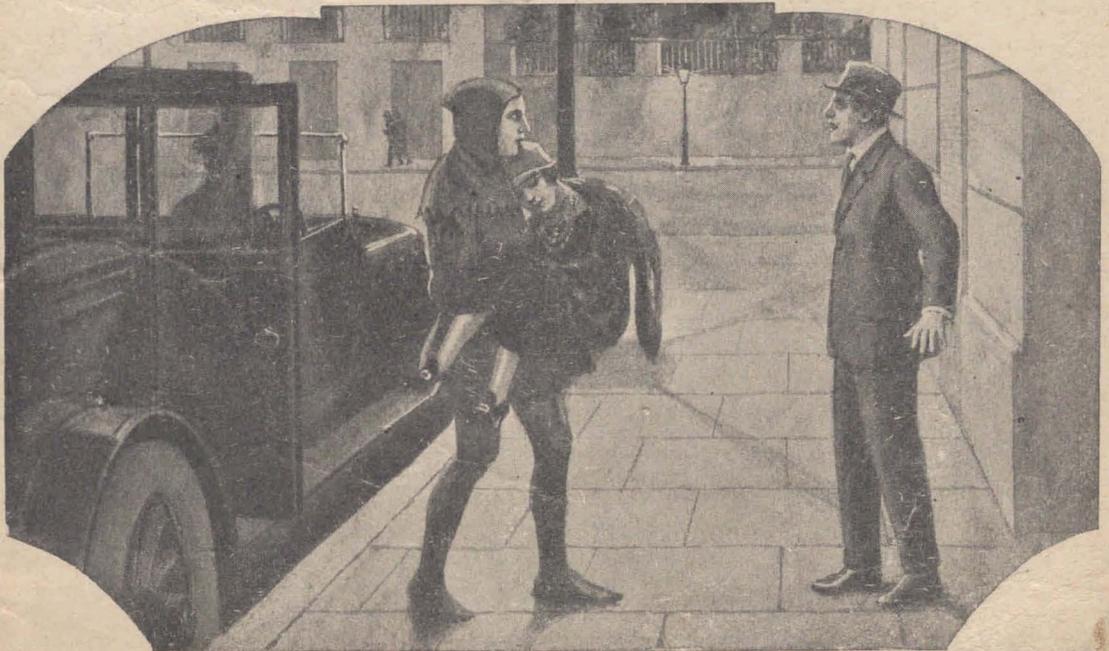
Sin saber por qué sentía estremecimientos de inquietud, de angustia, ese miedo cervical que tienen los neurasténi-

cos a lo desconocido; y medía a grandes pasos la estancia una vez y otra... Acordábase de las palabras del Fakir y se reprochaba a sí mismo el haberse deshecho de «Africano» y el haber injuriado y maltratado a Apolo en dos distintas ocasiones.

Por fin, hacia la hora en que él suponía daba comienzo el terrible trabajo de Dolly, no pudo resistir más la emoción interior que le embargaba y salió del cuarto y de la fonda, bajó la escalera y se encontró en la calle.

Entonces mismo se presentaba a sus ojos cierto insólito espectáculo: frente a él se detenía un automóvil, abriéndose la portezuela y saliendo un hombre vestido de Mefistófeles, que llevaba en sus brazos el desmayado cuerpo de una hermosa mujer.

Dimas quedó inmóvil, atónito, sin comprender. Por fin reconoció a Dolly y prorrumpió en un grito de dolor. Apareció al mismo tiempo detrás del automóvil Apolo, que había salido por la otra



portezuela, y entre los tres, silenciosamente, sin pedirse una explicación ni mediar una palabra, subieron a la amazona a su cuarto.

Por fortuna, Dolly volvió en seguida en sí, y ella misma explicó a Dimas lo ocurrido... A última hora, vestida ya, no pudo resistir más y se había desmayado; Apolo se quitó rápidamente su vestido rojo, y para no perder tiempo se hizo ayudar de un compañero suyo, parodista bufo de ópera, y que acababa de vestirse de Mefistófeles. Entre los dos la habían traído en el automóvil.

Retiróse el parodista en seguida y quedaron solos los tres antiguos compañeros de arte y de fatigas. Dimas y Dolly, comprendiendo la grandeza de alma de Apolo, se arrojaron a sus pies, suplicándole con lágrimas en los ojos que los perdonase.

El los perdonó de todo corazón, muy conmovido, y como los otros no se explicasen claramente por qué seguía teniendo tal influjo sobre el tigre, Apolo les dijo así:

—El consejo que Fakir nos dió de acariciar todos los días a «Africano» era para que, viéndonos él todos los días,

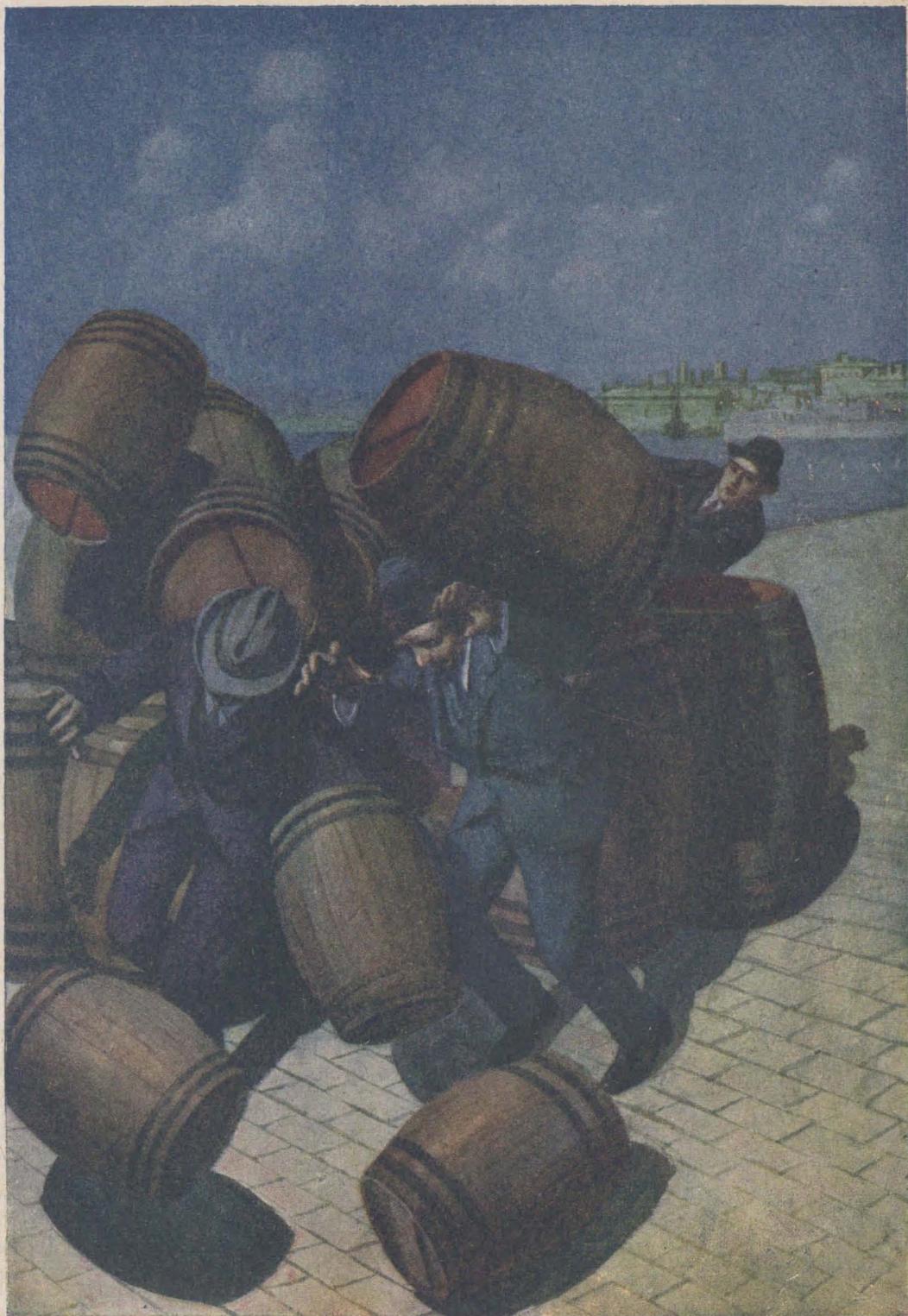
siempre nos conociese. Así nunca nos haría daño alguno... Pero vosotros lo vendisteis, y él os olvidó. Yo, que sabía lo que iba a suceder, por esta razón, me he contratado en el circo desde ayer. Por eso estaba allí. Ved mi venganza.

—Pero — arguye Dimas—, tú tampoco has visto al tigre todo el tiempo que lo ha tenido el pintor.

—¿Cómo que no? — replica vivamente Apolo—. Sabed que el pintor tomó a su servicio un criado llamado Olopa, que es mi propio nombre leído al revés, y ese criado he sido yo... No quise abandonar a nuestro tigre cuando vosotros lo dejasteis, porque el tigre era nuestro pan, y yo bien sabía que vosotros abandonabais el circo, ilusionados por otra vida mejor, pero que, al fin, volveríais a él, como habéis vuelto... Ahora trabajaremos juntos... Yo he sabido guardar a «Africano», que me obedece y os obedecerá más tarde también a vosotros.

Dimas y Dolly, confusos, emocionados, ya no respondieron. Cada cual había tomado entre las suyas una mano de Apolo y la cubría de besos y de lágrimas.





...dió un empujón potente a los toneles que tenía ante sí. (Pág. 26.)

LOS OJOS DEL ALMA

El gran transatlántico *Hispania* bate con rapidez las millas en pleno Océano. Un cielo azul purísimo se arquea como una bóveda sobre la superficie encalmada de las aguas.

Los pasajeros, en el décimo día de travesía, hállanse ocupados o entretenidos en sus distracciones de costumbre. Muchos de ellos, habituados ya al vaivén del barco, pasean tranquilamente sobre cubierta. Entre éstos hay dos que, apenas se vieron a bordo, se reconocieron, que no han hablado en los diez días más que dos solas veces y que llevan ahora largo rato paseando en direcciones contrarias y lanzándose, al encontrarse, miradas de odio.

¿Quién dijera que aquellos dos hombres se conocen desde su infancia, que han nacido en el mismo pueblo y han asistido juntos a la misma escuela?

Y, sin embargo, así es. Pero uno de ellos, que sin duda gana al otro en co-razón, se llega a él y le dice:

—Acabemos de una vez, Juan María. ¿Por qué hemos de mirarnos así?

¿Por qué hemos de ser enemigos, si ahora estamos solos, en medio del mar, y debíamos ser más amigos que nunca?

Pero el otro es terco en su odio, y repone agriamente:

—Aquí hemos de ser más enemigos que en ninguna parte... Hemos nacido en la misma aldea, y hace muchos años que nuestras familias se enemistaron por cuestión de intereses. Aquel campo que fué motivo de un litigio, era nuestro, y bien nuestro; pero vosotros, con malas artes, os apoderasteis de él. Nunca os lo perdonaremos, mi padre os aborrecía y yo he heredado ese odio.

—Escúchame, Juan María; si ese campo fuera solamente mío, ahora mismo te firmaba un documento entregándotelo; pero tienen parte en él también mis hermanos, y yo solo nada puedo hacer. No obstante, les escribiré, y si ellos piensan y sienten como yo, consentirán en que os sea devuelto el campo, para que, de una vez, acaben estos enconos.

Ramón, que tal era el nombre de quien así hablaba, calló mientras abría sus



brazos para recibir en ellos a Juan María; pero éste se echó atrás y con un olímpico gesto de desprecio, exclamó:

—Ya trataremos de esa cuestión en momento más oportuno.

Aquellas palabras, henchidas de amenaza, contristaron profundamente a Ramón, que se retiró en seguida a su camarote.

Los dos iban a la América del Norte, uno, Juan María, a probar fortuna, con ánimo de hacerse rico en poco tiempo, y sin trabajar si era preciso. El otro, Ramón, que tenía la carrera de farmacia, iba a explorar ciertos recónditos lugares en busca de unas hierbas que juzgaba maravillosas como remedio. De ellas le habían hablado, recién terminada la carrera, y trabajó con ahinco durante algunos años para reunir dinero con que hacer aquel viaje.

Pasados algunos días, llegaron al punto de destino. Por casualidad, al desembarcar los pasajeros, se cruzaron Ramón y Juan María, sosteniendo un breve diálogo, que el primero terminó de esta manera:

—Nos separamos, Juan María, tal vez para no vernos más, y me llevo una pena muy grande en el alma: la de no habernos abrazado. No intentes nada contra mí, porque el golpe irá a parar a otro: yo tengo un escudo protector, que es mi conciencia tranquila.

Y, dicho esto, echó a andar pasarela adelante, con la maleta en la mano, y con los ojos a punto de derramar lágrimas, que tal era su emoción, despertando la curiosidad de cuantos estaban alrededor, y mientras Juan María quedaba atrás, quieto, inmóvil y en agresiva actitud.

Unas horas más tarde perdíanse los dos, distanciados y, tal vez, para no verse más, en una hermosa ciudad americana.

* *

Y, como es cosa fácil que dos personas se encuentren, a los quince días de haber desembarcado, Juan María, paseando una tarde por cierta avenida, creyó ver a su mortal enemigo Ramón, como una burbuja en aquel mar humano.

Siguió tras la persona que había motivado sus sospechas y se confirmó en ellas cuando la oyó hablar. Ramón iba, en efecto, acompañado de otro caballero, al cual decía:

—Sí, esta noche iremos al muelle para embarcar en una pequeña canoa automóvil que nos conducirá a bordo del barco en el que haremos el pintoresco viaje por el río.

Y añadió toda suerte de detalles para que su compañero encontrara en seguida el lugar indicado donde reunirse. Todo lo cual llegó a oídos de Juan María, que desapareció repentinamente de allí, volviéndose a casa, con ánimo de fraguar un plan completo de venganza contra aquel hombre bueno, que no la merecía, ciertamente.

Llegó la noche; el embarcadero estaba solitario; a la orilla veíanse acumulados gran cantidad de toneles enormes y panzudos. Tras ellos una sombra, más bien que un hombre, aguardaba pacientemente.

De pronto, dos sombras más comparecieron; eran también dos hombres que se dirigían al embarcadero. Juan María, que no era otro quien permanecía oculto, se alzó quedamente sobre las puntas de sus pies, al oír pasos, y reconoció en seguida al que acompañaba a Ramón aquella tarde. Durante breves instantes quedó inmóvil, hasta con la respiración contenida; parecía que libraba una ruda batalla consigo mismo. Por fin, se decidió y, contrayéndose su rostro en un fiero gesto, dió un empujón potente a los toneles que tenía ante sí.

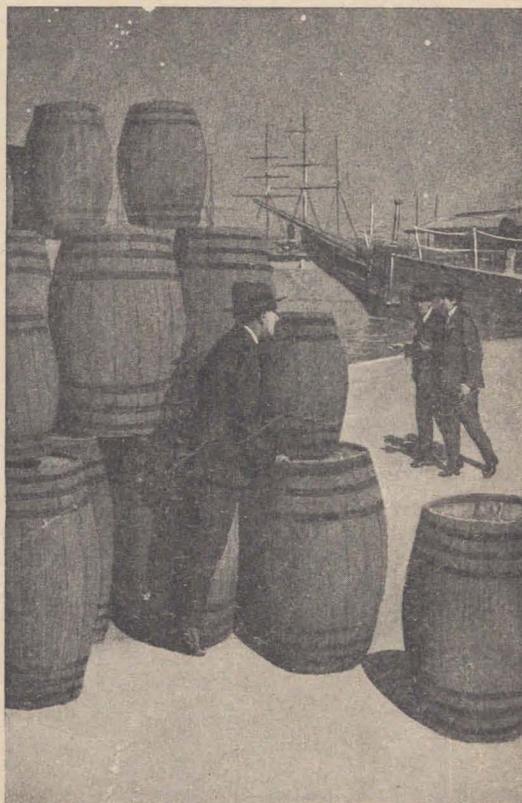
Resonó un estrépito formidable al precipitarse los unos sobre los otros, y hendieron el aire dos ayes lastimeros; sin duda los toneles habían arrollado con estruendo a los paseantes.

El corazón de Juan María palpitaba con violencia; tornó a ocultarse con el mayor cuidado tras dos toneles que habían quedado en pie, y se puso a observar cuanto acontecía. Los dos heridos fueron curados por un médico que acertó a pasar por allí. Heridos los dos en la cabeza, sin duda al rodar por tierra, fueron vendados, uno en la frente, y otro sobre la vista, porque, seguramente, se había herido en los ojos.

Vino al punto una barca, y el doctor acompañó hasta allí a los desgraciados, uno de los cuales aparecía completamente ciego y como resistiéndose a andar, sin duda por el temor de poner sus pies en el vacío.

Y, entonces, al ver Juan María esta escena desde su escondite, sintió que le daba en el pecho un vuelco el corazón. Aquel infortunado que llevaba la frente vendada era, en efecto, el que acompañaba a Ramón en la avenida; pero el infeliz ciego no era Ramón, sino otro más desgraciado todavía, por cuanto era víctima equivocadamente de una venganza.

Juan María quedó inmóvil, como aturdido, como fuera de sí; al recobrase, sintió que unas lágrimas ardientes corrían por sus mejillas. Se acordó de las palabras de Ramón, que le había dicho: «no intentes nada contra mí porque irá



a parar a otro el golpe», creyó ser aquello un castigo providencial, y se consideró el ser más miserable y abyecto de la tierra.

Huyó de allí, sin ser visto, como si llevara la maldición de Dios, y, una vez en casa, se arrojó sobre el lecho, derramando lágrimas abundantes. Su arrepentimiento y su pena le salían de lo más hondo del corazón.



A Juan María, pasada aquella noche de remordimientos y de insomnio, le asaltaron diferentes ideas. Al fin triunfó en su ánimo la de presentarse a su víctima y pedirle perdón, entregándose luego él mismo a la justicia.

Tal como lo pensó dispúsose a ejecutarlo. Por un periódico español que refería el suceso, se enteró del domicilio del infortunado herido y se presentó allí, con la serenidad y el valor de quien realiza un acto al que le obliga su conciencia.

Mas, conforme iba subiendo la escalera, sentía que las fuerzas le faltaban. Aquella expiación era demasiado cruel. Acertó entonces a bajar uno de la casa, que preguntó a Juan María el motivo de su estancia allí. Se disculpó éste como pudo, y ya iba a alejarse, cuando vínole a la mente una idea que lo tranquilizó bastante:

—Me he enterado de la desgracia acaecida al señor de esta casa, que, según dicen los periódicos, es español, y yo, que también lo soy, entraría con el mayor gusto a su servicio...

—Pues, ¿cuál es el propósito de usted?

—Servir al infeliz ciego de criado, es-

tar a su lado siempre, no separarme de él de día ni de noche, conducirle a todas partes; eso querría.

Y su deseo vióse pronto cumplido: media hora más tarde entraba de criado en aquella casa, siendo muy bien recibido por el ciego, que agradeció, muy emocionado, aquellas atenciones.

Juan María estaba contentísimo; parecía haber nacido a una vida nueva. Sin embargo, hubo un momento en que palideció intensamente y su corazón latió con sin igual violencia. Era un instante en que el herido hablaba con algunos amigos suyos, y les decía:

—Mi compañero y yo paseábamos tranquilamente por el muelle, a la orilla casi del agua, cuando yo vi que, tras unos barriles, se alzaba y se agachaba rápidamente un rostro humano. A decir verdad, no hice gran caso porque supuse que se trataba de un ratero, de los muchos que por allí pululan... Entonces sobrevino el desplomamiento del montón de barriles, que no sé todavía cómo no nos aplastó. Y aquel rostro que yo vi un solo instante y con poca luz, se me quedó tan grabado en la mente, que lo reconocería entre mil... si mis ojos ahora pudiesen ver.

—Y tu compañero — preguntóle un amigo —, ¿no lo vió?

—No se dió cuenta de ello; ni yo tuve tampoco tiempo de decírselo.

—Ha sido una gran lástima, porque, de no haberte herido tú, precisamente en la vista, el criminal ya estaría a buen recaudo a estas horas.

—No lo siento. Tal vez esta herida de mis ojos sirva para que el criminal se arrepienta y se redima.

Juan María, oyendo estas palabras, que parecían de un santo, tentado estuvo de arrojarse a sus pies; pero una fuerza interior parecía contenerle. Dijé-

rasede que la voz de su conciencia le decía: «Gana el perdón que esperas; ahora el ciego te lo concederá en seguida, porque alma de santo tiene; pero tú no lo merecerías aún, por no haberlo ganado todavía.»

Y se contuvo. Pero, fiel a su propósito, apenas entró en la casa se deshizo en atenciones y en cuidados para el desgraciado ciego. Ni de noche ni de día se separaba de él, conforme prometió; dormía en una pequeña cama a su lado y, más que criado del herido, era su lazari- llo, su confidente, su amigo, su hermano.

Don Rafael, que así se llamaba el ciego, cobró un cariño tan grande por Juan María, que se le veía desasosegado y nervioso apenas sospechaba que se había alejado.

Y, bajo la influencia de este cariño, el alma del malvado iba transformándose en un alma noble, buena, plácida, sin enconos y sin odios. Si algún rato tenía libre, que muy pocos eran, porque todos los dedicaba a cuidar al ciego, se perdía en la gran ciudad, buscando sin descanso a su compatriota y camarada Ramón, para pedirle que le perdonase, y para devolverle en abrazos salidos del alma todo el mal que le hizo y que tenía en su pensamiento hacerle... Pero Ramón no parecía por parte alguna; quizás se internó en las montañas, o, logrado su intento, regresó a la España querida.

Esta era la única pena de Juan María, que ya desconfió de encontrar al compañero de la infancia, cuando, pasados dos meses de su delito, habían resultado infructuosas todas sus gestiones.

Sin embargo, aquella última tarde de pesquisas, aunque volvió muy triste a casa, procuró disimular cuanto le fuera posible, para no entristecer a su vez al ciego. Pero don Rafael le esperaba ya, muy contento, y le faltó tiempo para mostrarle un papel que agitaba en su

mano. Tratábase de un cablegrama de su esposa, que decía: «Llegaremos dentro de tres días».

Y reía y lloraba el ciego, de la alegría de abrazar a su esposa y del dolor pro-

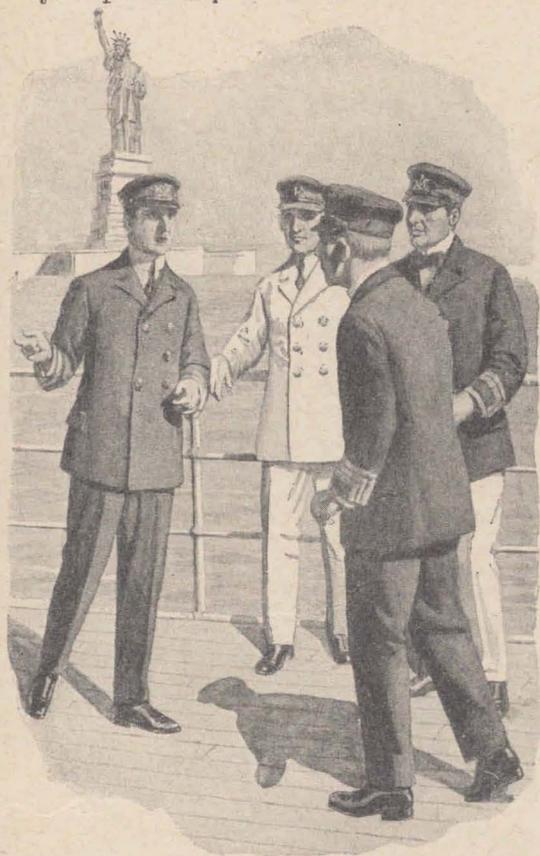


fundo de no verla. En un sollozo infinito se besaban sus lágrimas y sus risas.

*
* *

La esposa de don Rafael era hija de un marino. Este, en ejercicio todavía, mandaba el trasatlántico *Madrid*. Don Rafael, que tenía que ventilar ciertos asuntos en aquella ciudad, había marchado allí solo. Su esposa y su padre político se unirían a él poco tiempo después.

Y así fué. Con el padre viajaba la hija, con la natural alegría de ver pronto a su esposo; pero una tarde, en el puerto de New-York, donde el *Madrid* estaba anclado, frente a la estatua de la Libertad, hallábanse sobre el puente el viejo capitán departiendo con dos oficia-



les, cuando se presentó un tercero, seriamente alarmado, que dijo:

—Capitán, su hija ha recibido un cablegrama y está llorando desconsoladamente.

Bajó a saltos la escalerilla el atribulado padre, y entró precipitadamente en el camarote de su hija. No tardó en conocer toda la inmensidad de la desgracia. El cablegrama, puesto por unos amigos, lo descubría todo.

La esposa no encontraba consuelo para su gran amargura. ¡Qué horriblemente

lentos se le hicieron los últimos días del viaje!

Pero, como todo llega, aun lo que pasa con desesperante lentitud, también llegó el momento de abrazar a su esposo, al ciego infeliz, a quien la enfermedad resultante de las heridas, había dejado sus ojos sin luz.

El marino y su hija prodigaron toda clase de caricias y consuelos a don Rafael, y, sabedores luego del comportamiento fiel y caritativo de Juan María, a él lo envolvieron también en sus afectos, estrechándose todos aquellos seres con un mismo lazo de cariño, de ternura y de dolor.

Eran atroces los interiores tormentos de Juan María, cuando encontraba llorando en silencio a la esposa y hasta al viejo lobo de mar; aquellas lágrimas le llegaban a lo más hondo del corazón y se lo abrasaban... El quería hacer algo más de lo que hacía; algo más difícil: arriesgar su vida por aquellos seres tan buenos, que únicamente a él debían su inmensa desgracia. Pero ninguna ocasión propicia era probable que se presentara.

Sin embargo...

Unos días más tarde, el trasatlántico *Madrid* regresaba a España. El capitán albergaba en su camarote tres personas: su hija, la esposa atribulada, su yerno, el infortunado don Rafael, y Juan María, el criado fiel y queridísimo.

La primera condición que el ciego puso para embarcar fué que les acompañara en el viaje Juan María; y éste, que no era otro su anhelo, y que lo habría solicitado de no decírselo antes, accedió con el mayor gozo, si gozo cabía en su alma traspasada de amargura.

Transcurrieron tranquilamente los primeros días de travesía; pero pronto



aquellas aguas del Norte empezaron a encrespase.

Casi todos los pasajeros se reclusan en sus camarotes; sólo algunos, más avezados al vaivén del barco, permanecían sobre cubierta... Un día hallábanse entre estos últimos los hijos del capitán y Juan María, cuando ocurrió algo siniestramente espantoso: inopinadamente una ola barrió la cubierta y, al retirarse, arrastró y se llevó consigo a la esposa de don Rafael.

Un grito de angustia se ahogó en todos los pechos que presenciaron la escena. Paralizados quedaron todos menos Juan María, que, rápido, sin vacilación, como un inconsciente o un poseído de la gracia del Cielo, sonrió al mar, y se arrojó en él...

Nadando con indomable energía, con heroico esfuerzo logró llegar a donde flotaba, casi exánime, el cuerpo de la esposa infortunada... En titánica lucha con las olas logró asirla, la rodeó con su brazo y esperó anhelante, con el corazón

oprimido, alcanzar un salvavidas arrojado desde lo alto del barco. Muy cerca de allí había otro vapor, que luchaba también con las olas.

El *Madrid* hizo máquina atrás y un bote los recogió, poco después, a los dos, izándolos en seguida sobre cubierta, sanos y salvos.

Cuando ocurrió el accidente, don Rafael, empujado también por la ola, había rodado por el suelo, en medio de una gran risotada, y preguntando a su esposa si rodó ella también. Esto contuvo de gritar a los circunstantes, que sufrieron un escalofrío al ver cómo aquel desgraciado reía mientras su esposa era cubierta por las revueltas aguas.

Pero el silencio de todos hizo que el desventurado dejara de reír y presintiera la terrible realidad, en la que luego siniestramente se confirmaba cuando el barco se detenía... Y su desesperación fué tan grande como su alegría luego, cuando logró estrechar entre sus brazos a la esposa y a su salvador.

Juan María, al verse solo poco después en su camarote, sonrió satisfecho: aquellos eran, según él, los momentos más felices de su vida. Extasiado estaba con su alegría inmensa cuando oyó interiormente una voz que le decía: «Pero el ciego sigue siendo ciego.»

Comprendió que aquella era todavía la voz acusadora de la conciencia y, creyendo que nunca sería completamente feliz, cambió la máscara sonriente de su rostro por la mueca triste de una infinita amargura...

*
* *

Pero se había hecho acreedor a una felicidad completa y la tuvo. Apenas llegado a España, buscó ante todo a su viejo enemigo Ramón, para reconciliarse con él.

El antiguo compañero de estudio lo recibió con los brazos abiertos, y le comunicó la inmensa alegría de que disfrutaba en aquellos instantes. Con las

múltiples hierbas encontradas en las montañas y selvas americanas y tras grandes esfuerzos y experiencias en su laboratorio, había logrado componer un medicamento que curaba determinadas enfermedades de la vista.

Inmenso fué también el gozo de Juan María. El maravilloso medicamento fué llevado por él mismo y por su compañero a don Rafael, que, pasado un mes de curación... recobraba la vista.

Sin embargo, Juan María se ocultaba, negándose a recibir los abrazos y las bendiciones de aquellos seres que ya eran felices. ¿Por qué causa? Porque temía que, al verle don Rafael, lo reconociera como culpable de su desgracia.

Y oculto estaba cuando recibió un papito escrito por el mismo que dejaba de ser ciego y en el que se leían estas breves palabras: «Con los ojos del alma te conocí ya el primer día, y con todo mi corazón te perdoné ya entonces.»



¿EL MILAGRO?

(CUENTO)

I

La anciana y linajuda señora doña Estefanía Ladrón de Guevara y Ruiz de Portocarrero, inmensamente rica y enormemente avara, tan pagada de sus cuarteles de nobleza como de su acrisolada religiosidad, vivía sola, en el campo, y habitaba una magnífica casa situada como a unas tres o cuatro leguas de la capital, y a una, escasa, de un pequeño pueblecillo cuyo nombre no hace al caso para el interés de esta verosímil historia.

Claro es que, con su sistema tan ahorrativo y económico, las inmensas rentas que disfrutaba la millonaria señora acumulábanse unas sobre otras, cayendo todas, en forma de montones de onzas de oro, en el fondo de un abismo, cuyo secreto nadie había penetrado.

No ignoraba doña Estefanía que la avaricia es uno de los siete pecados capitales, y que le era necesario un arrepentimiento muy sincero para alcanzar del

Padre Eterno el perdón de su grave culpa. Esto la preocupaba mucho, porque no estaba muy segura de poder arrepentirse; pero ello no la impidió mostrarse vehementísima devota del Santo Cristo del Gran Poder, que era, precisamente, el patrono del pueblecito cercano. Todos los domingos y fiestas de guardar iba en peregrinación a la villa, llevando limosna para el Santo Cristo, cuya fama de milagroso había trascendido más allá de los límites de la provincia; de tal modo que, a pesar de hallarse la sagrada imagen en pésimo estado de conservación, a causa de los siglos que habían pasado sobre ella, siempre se negó el vecindario a que se hablara de reemplazarla, temiendo acaso, en su rústica ignorancia, que, al cambiar la materia, cambiara también la milagrosa virtud de la imagen.

Allí, frente al altar, humildemente postrada, la anciana millonaria oraba con todo el fervor de que era susceptible, pidiéndole al Santo Cristo una visible muestra de su divina misericordia,

mediante la cual le manifestase que estaba dispuesto a perdonarla en la hora de la muerte.

Pero, a pesar de los constantes esfuerzos, peregrinaciones, limosnas y plegarias de la anciana, ni llegaba la indicación divina, ni los remordimientos dejabanla un minuto de descanso, ni ella hubiera consentido en prescindir de su avaricia. Y lo peor es que la esperanza de la pobre vieja iba a perderse para siempre, porque ni su edad ni sus achaques le permitían ir a la iglesia.

Por aquel entonces, se había vuelto a hablar de restaurar el Santo Cristo del Gran Poder.

II

Doña Estefanía, sentada junto a una de las ventanas de su casa, consumíase de desesperación, pues hacía tres semanas que el temporal había impedido en absoluto hacer su constante peregrinación al vecino pueblo para orar ante la milagrosa imagen del Cristo, en demanda de la realización de sus constantes deseos.

Una antigua sirvienta, casi tan anciana como ella, contribuía con su charla insubstancial a hacer menos doloroso el aburrimiento de su ama.

—Pues sí, señora—decíale—; como lo oye su merced; Juan se lo ha dicho a Pedro, y éste responde de ello con su cabeza.

—¿Se sabe cuantos son?

—Cinco o seis, dicen los mejor informados; pero de fijo nadie lo sabe.

—¿Y llevan hechas muchas tropelías?

—interrogó el ama con voz temerosa.

—Muchas; sin ir más lejos, han saqueado la casa de don Salvador Lerma, que, como usted sabe, está en la calle más céntrica de la capital.

—Pues cuida mucho, Antonia, de que las puertas estén bien cerradas, antes de que entre la noche, y de que todos los criados preparen las escopetas. ¡Ah! que suelten en el patio grande los tres perros, mientras esos bandidos anden por la comarca.

—Sin embargo, señora, no creo que se atrevan a venir a estos sitios, pues ya sabe todo el mundo que la casa tiene quien la guarde, muy de sobra.

—Hay gente que se atreve a todo, Antonia. Anda, y haz lo que te digo.

—Está bien, señora — dijo la anciana sirvienta, retirándose.

III

La noche era horrible.

El huracán silbaba como si una legión de demonios entonase una marcha fúne-



bre con las trompetas del juicio final, y la lluvia azotaba las paredes del edificio con estruendoso furor.

Doña Estefanía hallábase rezando sus últimas oraciones, antes de meterse en la cama. La narración de su sirvienta, relativa a los bandidos que rondaban la comarca, haciendo terribles desmanes, había acabado de postrar su ya agobiado espíritu.

De repente, un golpe, parecido a un cañonazo, sonó en la puerta de la estancia, y el terror hizo dar a doña Estefanía, a pesar de sus años, un salto que la hubiera envidiado una joven de quince años. Poco después, la criada Antonia daba dos discretos golpes a la puerta de la habitación.

—¿Quién llama? — preguntó, loca de miedo, la vieja.

—Soy yo, señora—repuso la sirvienta—. No se asuste usted, que nada malo ocurre, sino todo lo contrario.

—¿Qué hay, pues? ¿Quién ha llamado de ese modo?—preguntó doña Estefanía, después de dejar el paso franco a su criada.

—Señora — gritó más bien que dijo ésta, presa de un extraño alborozo—, es nada menos que Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, que nos dispensa la gracia de venir a honrar esta casa con su Divina Presencia.

—¿Cómo! ¿Qué dices? Pero, ¿te has vuelto loca?

—Venga usted y lo verá — insistió Antonia—. Es verdaderamente prodigioso.

En efecto: en el vestíbulo encontró doña Estefanía a un señor sacerdote, con sus ropas talares caladas por la lluvia y, detrás de él, a cuatro hombres que, sobre unas andas, sostenían positivamente al venerado Cristo del vecino pueblo; era evidentemente la misma sagrada imagen, objeto del ferviente culto de la vie-

ja devota. Esta quedóse como extasiada ante aquella celestial aparición, y, cuando se hubo recobrado algún tanto, apresuróse a saludar al sacerdote, diciéndole:

—¡Señor cura! ¿Qué prodigio es éste? ¿Cómo es que una pecadora como yo ha merecido la alta honra de que Nuestro Glorioso Cristo pase la puerta de esta indigna morada?

—Muy sencillo, señora — repuso el cura con bondad—: Vamos a *** para restaurar la sagrada imagen, de cuya custodia me encargó nuestro venerable prelado. La noche nos ha sorprendido en el trayecto y, como es tan conocida la acrisolada devoción que usted profesa al Santo Cristo, en honor a usted he decidido que pernoctáramos aquí hasta el día.

Inútil es añadir la descripción de la acogida que la anciana dispensó a los recién llegados, que fueron tratados a cuerpo de rey, y alojados en las mejores habitaciones de la casa. El Santo Cristo, como era lógico, fué conducido con gran cuidado al oratorio, y encendióse ante él una magnífica lámpara de plata.

Antes de acostarse, y cuando todo el mundo reposaba, doña Estefanía quiso renovar ante la sagrada imagen su eterna súplica y encaminóse a la capilla. Una vez de rodillas ante el Santo Cristo, explicóse en esta forma:

—¡Señor! ¡Por tu Eterno Padre te pido de rodillas que me libres de las inquietudes y angustias que me atormentan, a causa de mis tesoros, de los que no puedo desprenderme por más que hago; hazlo, Divino Jesús, para que yo pueda tener una buena muerte! ¡Dame una prueba, Señor, de que no desoyes mis plegarias!

De pronto, doña Estefanía púsose de color de tierra, y comenzó a temblar con

todo su cuerpo, pronta a desmayarse, no sabía si de terror o de contento. ¡El Santo Cristo había movido los ojos! ¡No, no era ilusión, los había movido! Y presa de ese pasmo que producen los grandes prodigios, parecióle que profanaba con su

—Adiós, señor cura: tome usted estas seis onzas para contribuir a la reparación del Santo Cristo; con otras tres que envié ayer mismo con mi criado de confianza, son nueve onzas. Pero todo es poco para la inmensa deuda que he contraído con Nuestro Padre Jesús.



presencia aquel sagrado recinto y se retiró tambaleándose a su estancia. Aquella noche fué, por fin, tranquilo y dulce, el sueño de doña Estefanía. El milagro había llegado.

IV

A la mañana siguiente la santa comitiva abandonó la casa. Al despedirse, doña Estefanía díjole al sacerdote, que se deshacía en demostraciones de gratitud por las atenciones recibidas:

Tres horas después regresaba el criado enviado al pueblo la víspera con las tres onzas para el Santo Cristo, y su ama preguntóle acto seguido:

—¿Qué te ha dicho el señor cura? ¿Sabe cuándo nos devolverán la milagrosa imagen?

—¿Qué imagen, señora? — preguntó el criado sorprendido.

—¿Cuál ha de ser? La del Santo Cristo.

—¿Pero qué Santo Cristo? — insistió el criado cada vez más asombrado.

—¡Zopenco! — gritó la anciana exasperada—. Te digo que el Santo Cristo, y para mí no hay más que uno, el mío, el patrono del pueblo.

—¿Y cómo han de devolvernos a Nuestro Señor si está allí todavía y nadie lo ha tocado?

—¿Cómo que está allí? Eso sería ayer.

—Y hoy, y esta mañana y hace dos horas; yo mismo lo he visto al salir.

—¡Mentira; te has vuelto loco, imbécil! — aulló la anciana, presa repentinamente de una sospecha espantosa, y acto seguido echó a correr como una furia.

Encerróse en una habitación y, en un ángulo de la misma, levantó una tabla del entarimado, dejando ver un hueco profundo y sombrío. Asomóse a él y lan-

zó un grito espantoso, que parecía el aullido de una loba. El hueco, en el que escondía los tesoros acumulados durante tantos años, estaba completamente vacío.

No queriendo dar crédito a la espantosa realidad, y enloquecida por el terror, hundió su brazo en el agujero y sólo halló un papel que leyó temblando:

«Mi muy amada devota:

»Ya ves cómo tus plegarias han llegado hasta mí, pues te concedo lo que tantas veces has pedido, es decir, que te libre de inquietudes y angustias. No te-

niendo ya una peseta que guardar, puedes vivir sin preocupaciones y esperar una buena muerte.

»Tuyo hasta la eternidad,

»PETRUCIO.»

Era el nombre del jefe de los bandidos que asolaban la comarca.

El milagro, pues, estaba explicado.

En cuanto a doña Estefanía, sólo respondió a la carta con una carcajada horrible.

La pobre vieja se había vuelto loca.



GRATITUD DE UN MILLONARIO

I

A eso de las once, una lluvia semejante a polvo líquido comenzó a descender sobre la gran ciudad y, en pocos minutos, convirtiéndose en verdadera catarata.

Ni había tranvías ni se encontraban coches de alquiler.

Al llegar a la esquina de una de las calles más céntricas, un transeunte que caminaba a pie y sin paraguas bajo la lluvia, detúvose indeciso, con aire de vaga contrariedad. Un ómnibus pasaba en aquel momento. El transeunte hizo al conductor un ademán breve e imperativo.

Detúvose el ómnibus y nuestro hombre acomodóse en el interior.

A los pocos momentos, el cobrador llegó al sitio donde se había situado nuestro hombre, y le alargó a éste su billete. Este llevóse la mano derecha a los bolsillos del chaleco y, no hallándose en ellos un solo céntimo, miró con aire de cómica

estupefacción al cobrador y limitóse a decir con una tranquilidad soberana:

—No llevo ni un solo céntimo.

—¿Cómo, entonces, se ha atrevido usted a subir al ómnibus, sabiendo que no podía pagar?

—Pues es el caso — repuso el hombre sin perder su flema—, que no me preocupé de tal cosa.

—¡Sí que es frescura! — vociferó creyendo en grosería el cobrador—. Pues va usted a apearse inmediatamente.

Caía el agua a torrentes; nuestro hombre, ya mojado, iba a calarse hasta los huesos, cuando varios de los individuos que habían presenciado la escena, compadeciéndose del *pobre* hombre, por más que en su aspecto no hubiera nada de pobre, brindáronse a pagar por él. El que más buena voluntad demostraba era el mismo conductor del ómnibus, que entregó a su compañero el cobrador los diez céntimos del billete. El sujeto que había estado en peligro de convertirse en una sopa, tomó tranquilamente la tira de papel que le daba derecho a no mo-

jarse más de lo que estaba, y luego, sacando una tarjeta de una cartera magnífica, la entregó al conductor, limitándose a decirle:

—Ahí tiene usted mi nombre y mis señas. Vaya usted luego a casa y le serán satisfechos sus diez céntimos. Por lo demás, ha hecho usted una buena acción, que le agradezco.

—No vale la pena, señor.

—No obstante, si alguna vez necesita usted ayuda en la vida, sea en el trance que fuere, recurra a mí. No le pesará.

El conductor ni siquiera pareció escuchar estas palabras. El ómnibus siguió rodando y no se detuvo hasta llegar frente a la Bolsa.

Al llegar a este paraje se apeó el pasajero misterioso.

II

El conductor llamó base Enrique Martín y era un obrero inteligente, muy instruído y con una voluntad de hierro.

Tenía en sí mismo una fe ciega y, durante los primeros años de juventud, luchó esperando una ocasión favorable para demostrar su talento, o un hombre que supiese ver ese talento y quisiera ayudarle; él no deseaba otra cosa, pues para lo demás ya se bastaba.

Pero ni la ocasión ni el hombre llegaron.

La lucha, ya bien dura por lo estéril,

hízose cruel con el casamiento y el consiguiente aumento de familia.

El bravo combatiente de la batalla de la vida, tuvo que parlamentar consigo mismo.

Obligado por la necesidad, pero sin abandonar sus esperanzas ni sus estudios, aceptó una plaza de conductor en una empresa de ómnibus.

Era demasiado poco para él, que ambicionaba mucho. Pero era el pán...

Para colmo de desgracias, cayó enfermo con fiebres, y, cuando recobró la salud, encontróse con que la empresa de ómnibus había dispuesto de su plaza.

*

**

Y llegó la miseria.

Una miseria horrible; con su mujer, enferma, sobre un jergón en el suelo, pues hasta la cama se había vendido; sus dos

nenes mayorcitos sin un bocado de pan; la situación era espantosa.

Se tragaba las lágrimas sentado en un extremo del jergón, para no apenar más a su compañera. Los dos niños gemían de hambre en un rincón del desamueblado cuartucho.

*

**

—Enrique — balbuceó la enferma—. Se me ha ocurrido una idea.

—¿Qué idea? — preguntó el infeliz.



—¿Te acuerdas de aquel señor por quien pagaste, hace unos meses, los diez céntimos del billete, y cuya rara aventura me contaste?

—Sí. Pero, ¿qué tiene que ver...?

—¿No me dijiste que se te ofreció de un modo que parecía sincero?

—Sí, pero ve a fiarte de ofrecimientos; ya conozco el valor de ellos — repuso el

querido dar veinte céntimos, de puro raída que está... Ve a ver.

—Son tonterías, Juana. Ni la tarjeta estará ahí, ni aunque esté conseguiremos nada...

—Prueba, hombre, no obstante...

Enrique dirigióse a un ángulo del aposento y de un clavo desprendió la americana gris de que había hablado su mujer. En el bolsillo interior halló, en efecto, la tarjeta en cuestión, aunque doblada y amarillenta. Dióselo a su mujer, la cual leyó:

EL BARÓN ADOLFO DE ROSTCHILD

La tarjeta se le cayó de las manos y gritó, con una especie de delirio febril, a su atónito marido:

—¡Enrique! ¡Me lo dice el corazón!... Ve, ve a ver a ese hombre... él lo puede todo; es el verdadero amo del mundo. Dicen también que es muy excéntrico. Si te recibe, estamos salvados.

—Pero, mujer, es locura pensar...

—Ve, te digo...

El desgraciado se dirigió a la puerta, como un autómatas, pues ni energías tenía ya para discutir, y desapareció.

III

En la puerta del soberbio palacio preguntó tartamudeando al conserje:

—¿Podría ver al señor barón?

—¿Tiene usted audiencia señalada?

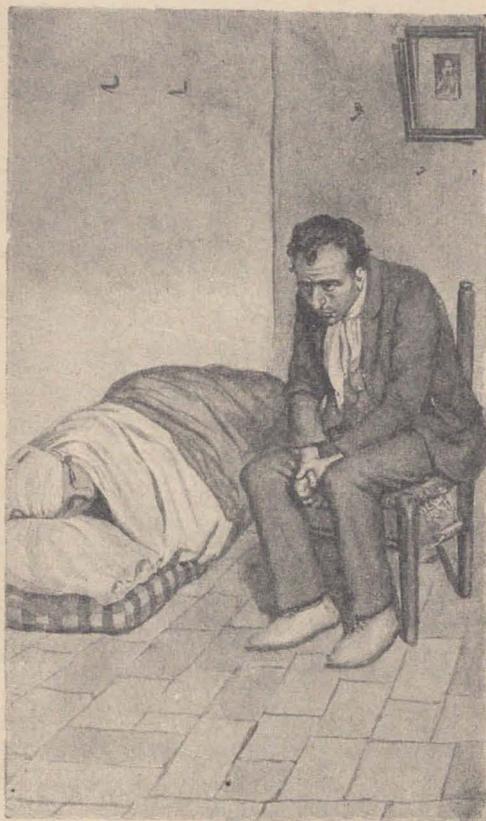
—Hace ocho meses me dijo que, cuando quisiera verlo, me bastaría presentar su tarjeta.

—¿Cómo se llama usted?

—Enrique Martín.

El conserje miró la tarjeta y luego repuso:

—Justo. Puede usted pasar.



...con su mujer enferma, sobre un jergón en el suelo... (Pág. 38.)

pobre hombre con dolorosa ironía—. Por otra parte, ni sé dónde vive.

—¿No me dijiste también que te había dado su tarjeta?

—Y era verdad; mas Dios sabe dónde se hallará a estas horas. Ni la miré siquiera.

—Creo recordar que aquel día llevabas la americana gris. Esa por la que no han

*
* *

El pobre hombre, en el opulento despacho, temblaba como un calenturiento. Alzóse un portier y apareció el barón Adolfo de Rostchild, el soberano de los soberanos, el verdadero rey del mundo, como había dicho la mujer de Martín. Al ver al obrero sonrió afablemente, y con esa seguridad de quien conoce los hombres y las cosas, porque está habituado a manejarlos a su capricho, exclamó:

—¡Hola! Ya sabía que vendría usted tarde o temprano. Por lo demás, viene a cobrar mi deuda para con usted y nada más justo. Sólo que ha pasado algún tiempo, y yo mismo fijaré los intereses...

—Señor, no se trata de eso—tartamudeó el infeliz azorado.

—¿De qué, pues?

—Estoy sin trabajo y mi familia se muere de hambre. Usted, con una palabra, una sola, puede salvarnos a todos. ¡Haga usted que me den trabajo, señor!...

—Sí que lo haré, pero no creo que esto sea suficiente, pues a juzgar por su aspecto...

El desventurado sonrió con desesperación y murmuró avergonzado:

—Hace dos días que no como, señor;

mas no pido dinero porque sería una limosna. Lo que quiero es trabajo.

—Conforme — repuso el hombre omnipotente, no conmovido, porque lo conocía demasiado todo para conmoverse por nada, pero sí admirado de aquella dignidad heroica—, le daré trabajo; el que quiera y como quiera. Vamos a ver: ¿qué sería usted capaz de hacer? Todo hombre tiene una aspiración, un sueño, una ambición: ¿cuál es la suya?



Enrique sintió en su interior una cosa extraña. Vió abrirse el cielo y descender de él, en un segundo, la ocasión y el hombre esperados durante toda una vida de dolores; y entonces sintióse fuerte, rejuvenecido y grande, porque se sintió inteligente, y habló, habló con elocuencia, con seguridad; y con el lápiz en la mano dibujó el trazado de una red de tranvías, considerada hasta entonces como impracticable por todos los ingenieros del Municipio; y la expu-

so sencilla y matemáticamente, sin omitir un dato, sin dejar de resolver una sola dificultad.

Rostchild, estupefacto esta vez, miró al obrero fijamente y díjole:

—¿Qué presupuesto necesitaría para realizar su proyecto?

—¡Oh! Pensarlo sólo es una locura, señor... imposible...

—Veamos, y no hablemos en balde. ¿Cuánto se necesitaría?

AVENTURA EN LOS PÁRAMOS

—¡Vaya! No acierto a comprender cómo puede haber personas que se extravíen en un sitio como éste—exclamó Gerardo, atacando con verdadero valor a un sandwich y echando miradas complacidas a su alrededor—. ¡Es absurdo eso, cuando se tiene por delante una senda tan despejada y un río como éste! Siempre he creído que los pastores son gente que ignora dónde tiene la mano derecha y no sabe lo que ve ni lo que habla.

No contestó María, pero Enriqueta y Rosalía aplaudieron las palabras de Gerardo. Los cuatro estaban sentados sobre los picachos más altos de la región. El día era espléndido, y a los pies de los excursionistas se extendía un sendero tan bien delineado que realmente parecía imposible que alguien, por torpe que fuese, pudiera extraviarse en él. Sin embargo, antes que emprendieran su excursión aquella mañana, el viejo pastor Juan les había aconsejado que no fueran demasiado lejos, pues el tiempo amenazaba cambiar, sobreven-

dría quizá un poquito de niebla, y entonces sería muy fácil extraviarse.

De buena gana habría seguido María el consejo del pastor, terminando su expedición en el primero de los peñascales y regresando a casa a la hora de la comida; pero los demás no quisieron ni oír hablar de semejante proyecto. Para ellos, el viejo pastor era un gruñón impertinente, cuyas palabras no merecían el honor de ser tenidas en cuenta; buena prueba de ello era la esplendidez del día, que daba un mentís terminante a sus pronósticos. María, pues, no tuvo más remedio que seguir a los otros, aunque haciendo constar su protesta. En efecto, todo parecía conjurarse para dejar en mal lugar al pastor Juan, pues eran ya más de las doce de la mañana y no asomaba por ninguna parte la niebla, ni se advertían síntomas de que el tiempo fuera a cambiar.

La vista de que disfrutaban entonces los alegres excursionistas era sumamente encantadora. Al frente veían plácidamente dormido a sus pies el verdeante

valle que habían recorrido por la mañana y al que servían de fondo los negruzcos y erizados picos. Más lejos asomaban sus atrevidas cabezas gigantescas montañas que parecían escalar el cielo; y al volver los ojos en dirección opuesta, admiraban las aguas tranquilas del mar sobre las cuales se quebraban los refulgentes rayos del sol. Gerardo estaba en su gloria, y explicaba el camino que para subir habían seguido y el que iban a tomar para el regreso. Quemaba el sol, y Enriqueta y Rosalía, fatigadas a causa del ejercicio matinal, permanecían tendidas sobre la mullida alfombra de hierba sin ganas de moverse, tal vez dormidas. En cambio María sentía en su interior cierta impaciencia que le impedía estarse quieta. Trasladábase de una parte a otra, al parecer sin objeto determinado, pero al cabo de cinco minutos de incesantes andanzas, regresó corriendo al sitio donde estaba Gerardo y le dijo:

— ¡Gerardo! ¡Vamos a casa en seguida! ¡Va a llover!

Tan absurdo pareció este anuncio a Gerardo, que veía al sol enviando brillantes rayos sobre su cabeza, que soltó la carcajada burlándose de los temores de su hermana; pero notó algo en su semblante que lo obligó a incorporarse y a mirar a su alrededor.

Lo que vieron entonces sus ojos le arrancó una exclamación de sorpresa y lo obligó a ponerse en pie de un salto. Se trasladó corriendo a la parte opuesta del picacho. ¡Santo Dios! ¡qué aspecto tan distinto del que esperaba ofrecía entonces el campo a sus asombrados ojos! Empezaban a obscurecer el horizonte nubes negruzcas, amenazadoras, mientras en el fondo del valle caía una lluvia menuda que iba extendiéndose rápidamente hacia ellos. To-

davía continuaba en pie, contemplando la atmósfera, cuando sintió su cara azotada por una ráfaga fría y húmeda que contrastaba con la cálida brisa de un momento antes; el sol acababa de esconder su rutilante cara detrás de montañas de nubes negras que corían con rapidez vertiginosa.

En cuatro saltos volvió Gerardo adonde estaban las niñas, y les dijo que era preciso marcharse sin perder un minuto, mientras recogía todos los efectos de su equipo. A su frente, el paisaje no había perdido el aspecto tranquilo y encantador de antes. María conocía el camino, y salió adelante con las otras niñas. Poco después se les incorporó Gerardo, y juntos todos prosiguieron a buen paso el descenso. Pero acababan de entrar en una meseta de la cual arrancaban dos valles, cuando se desencadenó la tormenta. Llovía ya a torrentes, y el agua formaba una niebla espesísima que cegaba a los excursionistas. Sabiendo que la única esperanza de salvación era llegar lo más pronto posible a unas chozas que estaban como a una legua de aquel lugar, las niñas seguían a Gerardo a todo correr.

La tormenta era horrible. Surcaban el aire los relámpagos como enormes víboras luminosas, y el retumbo del trueno era ensordecedor, interminable, pues las montañas devolvían sus ecos mil y mil veces. En un momento quedaron los infelices niños calados hasta los huesos, no obstante lo cual continuaron animosamente la marcha sin encontrar nunca las anheladas chozas. Gerardo pensaba que debían haberlas pasado por alto, pero nada de esto quiso decir a sus compañeras, para no aumentar su desaliento. Enriqueta comenzaba a dar señales de fatiga y María tenía que hacer grandes esfuerzos para conseguir que no



...y Enriqueta, asustada, resbaló y cayó al río. (Pág. 46.)

se quedase rezagada. Llegaron por fin a un río bastante ancho, que María aseguraba no haber cruzado aquella mañana; y, no pudiendo dominar por más tiempo sus inquietudes, llamó a Gerardo y le dijo:

—¿Dónde estamos, Gerardo? ¡Nos hemos extraviado!

Vívida luz cegó en aquel momento a los niños, retembló un horrísono trueno, y Enriqueta, asustada, resbaló y cayó al río.

¡Pobre Gerardo! Tuvo que retirar del agua a Enriqueta y transportarla a un peñasco inmediato, donde se celebró consejo para ver qué se resolvía. Enriqueta no estaba en disposición de proseguir la marcha, y Rosalía apenas podía mantenerse en pie, no siendo mucho mejor el estado de los otros dos.

Alejábase ya la tormenta, pero había mucho que andar todavía para llegar a la casa, pues tenían que salvar una serranía interpuesta entre el valle que habían tomado equivocadamente y el otro.

Tuvo que encargarse de la dirección del asunto María. Esta resolvió sobreponerse a la fatiga, y partir sola en busca de auxilios, dejando allí a Gerardo con las otras dos niñas. Fuerza fué aceptar su plan, aunque el desgraciado Gerardo vió alejarse a su hermana con el corazón lleno de pena. María, que, al parecer, había hecho un concienzudo estudio de la topografía del terreno mientras lo contemplaba desde lo alto de los picachos, no tropezó con dificultades en su marcha, y llegó en poco tiempo a la granja del pastor, donde explicó lo ocurrido. Acompañada del viejo y de sus dos hijos, volvió luego al lugar en que había quedado Gerardo y las dos niñas.

Todos pudieron regresar entonces a su casa sin más daño que un buen susto, pero, esto no obstante, Gerardo hizo aquel día mismo el propósito de dar en lo sucesivo más crédito a los consejos de los pastores y a los pronósticos que hacen sobre el tiempo los que están acostumbrados a vivir en el campo.



R

ron contra la pared, y un bombero decidido subió rápidamente hasta la ventana donde estaba la desventurada madre. Conteniendo el aliento observaban los espectadores cómo el bombero se esforzaba por persuadir a la mujer de que se dejase bajar a la calle; nada oían, pues el crepitar de las llamas, las voces de mando y el ruido de las bombas ahogaban todo otro ruido, pero se vió que la afligida madre había entregado al bombero uno de sus hijos, pues momentos después reaparecía éste en la escalera llevando en sus brazos a una tierna niña. Su aparición en la ventana fué saludada con un clamoreo general; el bombero realizó el salvamento con toda felicidad, depositando a la niña en manos cariñosas que en la calle la estaban esperando. Repitió el viaje salvando al otro hijo, y subió por tercera vez a la ventana donde se veía aún el



busto de la mujer. El salvamento de ésta ofrecía mayores dificultades, porque no era posible bajarla como se había bajado a las criaturas, y, por otra parte, la infeliz no se encontraba en estado de cooperar poco ni mucho a su propia salvación. El bombero le pidió que subiese al alféizar de la ventana, y la mujer no entendió; entonces quiso tomarla en sus brazos, y la desventurada se debatió y luchó con todas sus fuerzas, cual si tuviera por delante un enemigo y no un hombre que afrontaba serio peligro

para salvarla. Ante su actitud irreducible, el bombero gritó a los de abajo que preparasen los colchones, asíó al fin a la mujer, y contra la voluntad de ésta la arrojó por la ventana. Recogida sana y salva en el colchón, bajó el bombero entre aclamaciones delirantes de los que presenciaban tan impresionantes acontecimientos.

El incendio se había enseñoreado de todo el edificio, a tal punto, que no hubo más remedio que abandonar las esperanzas de extinguirlo, y los bomberos concentraron sus esfuerzos en la tarea de localizarlo, salvando los edificios inmediatos. El padre de la familia a que antes nos hemos referido había conseguido escapar con otra de las criaturas, pero todavía quedaba el cuarto hijo en la casa, que ya era pasto de las llamas. Nadie sabía la habitación en que se encontraba, nadie había visto asomar a

esa niña, pues era una niña, a ninguna de las ventanas, y, naturalmente, no se podía perder tiempo en pesquisas infructuosas por uno y otro lado de la casa. Pero ni el padre ni la madre pudieron dar detalles al respecto, y todos principiaron ya a desconfiar de completar el salvamento cuando de improviso se oyó en medio del clamoreo universal el desesperado ladrar de un perro. Partían los ladridos de una de las habitaciones más altas de la casa, y entre los espectadores no faltó quien asegurara



cidió realizar lo que a todas luces parecía un acto desesperado. Gritos de entusiasmo resonaron por todas partes en cuanto el hombre empezó a trepar por la escalera; una vez llegado a lo alto de ésta, se vió desde abajo que se agarraba a los salientes de la pared para seguir subiendo hasta colocar los pies sobre el último travesaño, pudiendo alcanzar entonces con las manos el alféizar de la ventana. Ahí comenzaba la parte más peligrosa de la empresa. Durante un espacio de tiempo que a los espectadores pareció un siglo, el bombero quedó suspendido así, pero al fin logró encaramarse sobre la ventana y penetrar en la habitación. Denso humo llenaba ya a ésta

que el que tadraba era Nerón, el corpulento perro que dormía siempre en la habitación de Elenita.

Los bomberos intentaron subir entonces a la parte alta, pero vieron con desaliento que la escalera no alcanzaba a la ventana de ese piso. ¿Qué hacer? Faltaba cerca de un metro, y no había medio de salvar aquel espacio, al que llegaban ya las llamas, amenazando penetrar en la habitación más alta.

Abundaban entre los espectadores los que, meneando la cabeza, aseguraban que sería una locura intentar la empresa; pero uno de los bomberos de

por completo, y en el centro de ella yacía la niña en el suelo, junto al fiel perro, que principió a dar saltos de alegría al ver llegar el anhelado socorro. La niña estaba desmayada, y para el heroico bombero fué obra de pocos momentos dejarla caer sana y salva en la calle, después de lo cual salvó también al perro en la misma forma, bajando luego la escalera.

Momentos después se desplomaba la casa con horrendo estrépito, y las llamas, viéndose defraudadas en sus esperanzas de hacer víctimas, se elevaron por los aires más altas que nunca.



MÉDICO Y PADRE

Es un pintoresco pueblecito de la huerta valenciana. Son blancas como la nieve sus casas, por entre las cuales serpentea un arroyo; y es de notar que, desde lejos, más que otra cosa parecen aquellas casas palomas inmóviles que en ese arroyo estuviesen bebiendo, como en una cinta de cristal que el sol convierte en plata.

Dos de esas casitas tienen juntos sus jardines, con una rústica tapia medianera que corona a todo lo largo una pomposa hilera de tiestos cuajados de flores... Una y otra vivienda son airosas, esbeltas, bonitas, sin más habitantes que sus hortelanos respectivos, como no sea durante la estación del calor en que suelen alquilarlas señores por lo común de Valencia, de Barcelona o de Madrid.

Pasado el estío, reina en las casitas un silencio solemne que solamente quiebran los cánticos de los pajarillos o de los hortelanos... Así los años transcurren pareciéndose uno a otro, salvo en las personas que alquilan las casitas, como dos gotas de agua.

Pero llegó este verano, tan caluroso

como todos, y, sin embargo, no se oyen en las viviendas como palomas ruido ninguno. ¿Será que nadie las alquiló? Por otra parte, uno de los jardineros es nuevo en una de las casas, y por diferencia de edad y de carácter no se relaciona con su vecino.

Así es que el silencio en una y otra induce a sospechar que están deshabitadas. ¿Qué misterio, si le hay, flota sobre ellas?

Una circunstancia insignificante viene a descubrirlo. De la hilera de tiestos que coronan la tapia y que poseen desde antiguo por mitad entrambos hortelanos, ha caído uno, sin saber cómo, produciendo un ruido seco al romperse. Como el golpe fué necesariamente oído desde los dos jardines, por cada lado acude una persona; y es así cómo se encuentran el viejo jardinero que recoge con premura el tiesto hecho añicos, y un señor joven que asoma su busto sobre la tapia. El tiesto es ya sobrado motivo de conversación, que hace luego correr a las bocas por los caminos de la curiosidad.

El joven caballero pregunta al hortelano:

—Buen hombre, ¿no vive nadie en la casita?

—Pues... no, señor.

Y, como el viejo vacila, éntranle al joven más ganas todavía de preguntar.

—Parece que duda usted al decirlo.

Cierto es que no he oído jamás voz ninguna, ni se me ha ocurrido nunca asomarme a la tapia, pero tampoco usted, por una razón igual, pensaría que en esta otra casita pudiera vivir alguien, y ya lo está viendo: vivo yo.

—Pues aquí también, señorito... vivo yo.

—Es que yo estoy con mi hortelano; ¿y usted?

—También, sólo que el hortelano y yo somos una misma persona.

—Vamos, no quiere usted decirme la verdad. Tenga confianza

en mí, que sé guardar los secretos.

—Bueno, señorito, voy a descubrirse-lo, porque se me figura que es usted una bella persona.

—No tendrá que arrepentirse.

—Pues aquí vive, señorito... una pobre loca.

—¡Una loca!

—Sí, señor. Es una señorita joven y muy guapa. No hace daño a nadie. Pasea y pasea por el jardín, sin hacer otra cosa que cortar muchas flores, estrecharlas contra su corazón, llevárselas luego a los labios y en seguida lanzarlas al aire; y vuelta a empezar y siempre así...

Da una pena muy grande, señorito.

—¿Y pertenece a alguna familia distinguida?

—Sí, señor. Ya sabe usted que estamos en España en un período revolucionario, ¿eh? Pues esta señorita es hija del gobernador de Cartagena.

—¿Qué me dice usted?

—Lo que oye. Es hija de ese hombre que ha sabido acabar con los revolucionarios cantonales, fusilando a unos y desterrando a los demás.

—No le conozco; ¿y ha desterrado a muchos?

—A cientos de

ellos, y entre los desterrados figura un joven médico, muy sabio, con larga barba como la mora, especialista en enfermedades como la que padece mi señorita: el doctor Angelote.

—Sí, le he oído nombrar muchas veces.



...el viejo jardinero que recoge con premura el tiesto hecho añicos... (Pág. 51.)

—Como que es el mejor médico de España. ¿Quién había de decirle al gobernador de Cartagena, cuando desterraba al médico, que sería su hija víctima de la locura, y que tanto habría de necesitar al sabio doctor, verdad, señorito?

—Es cierto...

Languidece la conversación, que se llena de largas pausas, hasta que acaba por extinguirse. El viejo hortelano se despide, perdiéndose entre tiestos y parterres. El joven señor queda inmóvil asomado a la tapia, en meditada actitud. Y, parodiando al jardinero, háblase a sí mismo:

—¿Quién había de decirle al revolucionario doctor Angelote que, ocultándose en una casita de los campos y rapándose la barba para no salir al destierro, tenía que encontrarse con una infeliz loca, hija precisamente del mismo gobernador que le desterró?

El doctor Angelote era él.



*
* *

Dos días después, Mario Angelote, asomado detrás de unos evónimos, vió por

primera vez a la loca. Esta, que paseaba dulcemente por el jardín, como de costumbre, cuando tropezó su mirada con la mirada de un hombre, volvió la cabeza, cerrando los ojos muy turbada.

Luego, por esas inexplicables cosas de esos enfermos, en vez de huir, sentóse en un banco que halló ante sí, pero con los ojos cerrados nuevamente y cubriéndose ahora además el rostro con las manos.

En el alma del médico librábase en seguida una cruel batalla. ¿Saltaría hasta ella para examinarla y hasta curarla tal vez, o dejaría pasar, indiferente a su locura, abandonándola a su destino?

Era hija del gobernador, y éste había jurado exterminar a los revolucionarios todos y habíase ensañado con la familia del doctor Angelote, viudo ya, desterrándole

a él muy lejos de España, confiscándole sus bienes y dejando en la mayor miseria a su hija única. ¿Por qué el médico había de tener piedad de aquellos que no la tuvieron de él?

A pesar de todo, Mario Angelote, movido por un impulso de su buen corazón, salta los evónimos y se coloca súbitamente en presencia de la enferma, a la que



saluda inclinándose, sombrero en mano.

La loca, que tiene descansadas las suyas sobre la falda, levanta, sin inmudarse, la cabeza, y mira serenamente al desconocido, sin que los músculos de su hermoso rostro se contraigan en gesto alguno.

¡Pobre cabecita aquella, en la que no hay pensamientos, ni risas, ni santas alegrías en las miradas! Todo huyó de ella al huir la razón; semejaba a esos campanarios de las viejas ermitas, vacíos y tristes, donde fueron arrancadas las campanas y dejaron de hacer sus nidos las palomas.

Mario Angelote examinó minuciosamente a la enferma que, como masa inerte, no oponía resistencia ninguna. Y,

pasado un momento, díjose a sí mismo en alta voz:

—Esta enferma tiene que curar.

—¿Es usted médico, señorito? — preguntan detrás de él.

Vuélvese el doctor repentinamente y encuentra el rostro apacible y bonachón del viejo hortelano.

—Sí, señor, soy médico, y de enfermos de esta clase.

—Pues, ¿cómo se llama usted?

—El doctor Pino.

—¿Y cree usted que la señorita curará?

—Sí; usted tiene que enseñarme todas las recetas; yo veré el tratamiento a que la someten, y decidiré.

—¿Cómo se alegrará su familia cuando lo sepa!

—¡Alto ahí, señor mío! Su familia tiene que ignorar absolutamente todo, de lo contrario me volveré a mi casita.

—Bueno, bueno, señor.

—¿Quién cuida a la enferma?

—Un matrimonio puesto por el gobernador; pero este matrimonio es joven, y como nadie le vigila y el médico viene sólo por las mañanas, ellos se van casi todas las tardes a Sagunto, y vuelven anochecido.

—Perfectamente; esto me favorece muchísimo. ¿Está usted dispuesto a ayudarme?

—Sí, señor, con el alma y la vida.

—Pues la enferma curará.

—Dios le oiga.

Quedó sellado el pacto entre aquellos dos hombres de bien. Y Mario Angelote retornó a su casita, en donde aquella misma noche recibió noticias de Cartagena. Eran breves, lacónicas y terribles.

«Mario, el gobernador persigue sin piedad a tu hija; acabará por encarce-

larla. Sospecha que tú no cumples el destierro y se vengará en ella seguramente.»

¡Qué horas tan llenas de dolor y de angustia pasó el desventurado padre hasta el amanecer! Sorprendióle el nuevo día, vestido sobre el lecho, reseco los labios por la fiebre y exhaustos los ojos por las lágrimas.

*
* *

Sin embargo, triunfó el médico sobre el hombre dentro de su alma, y, en la tarde de aquel día, con la complicidad del hortelano, comenzó a poner en práctica su plan para curar a la loca. Vió con pena, al examinar las recetas, que el otro médico desconocía el tratamiento adecuado para aquella enfermedad, y extendió otras suyas, que el jardinero se encargó de administrar escondidamente.

Luego, con infinita ternura de padre y de médico, acordándose tal vez de su hija, hizo que la enferma se apoyara en su brazo, y juntos pasaron durante largo rato por el jardín florido, procurando el doctor con sus observaciones y con sus preguntas remover aquel espíritu tan tristemente dormido. Ella atendía, inmóvil la cabeza, como petrificada, fijos los ojos en cualquier punto lejano.

Durante varias tardes, a la misma hora, aquellos paseos fueron repetidos, y la charla del médico, secundada por las diversas experiencias que hacía en la loca y por la acción eficaz de los medicamentos, lograron que en la mente dormida de la enferma palpitara como un vago anhelo de despertar.

Cierta noche, el hortelano dijo a Mario Angelote:

—La señorita está mucho mejor.

—Ya le dije a usted que curaría—respondió brevemente el médico.

Y no hablaron más. Comprendió el jardinero que algo acontecía al doctor y se despidió en seguida. Apenas hubo salido para volver a su casita, Mario Angelote prorrumpió en desgarradores sollozos. Un nuevo mensaje misterioso yacía sobre la mesa del despacho.

«Mario, tu hija está en la cárcel. La saña del gobernador no tiene límites. Una hiena no obraría tan cruelmente.»

De nuevo asaltáronle al médico pensamientos diversos y encontrados. ¿Vol-



vería á Cartagena para lanzar al rostro del gobernador la acusación de su conducta miserable? ¿Correría a vengarse en él de la infamia que cometiera con su hija? Pero el destino habíale puesto en las manos la mayor de las venganzas.

—¡Ojo por ojo y diente por diente! ¡Una hija por otra! — rugió, más que dijo, y cruel sonrisa crispó sus labios.

*
* *

Es al día siguiente, cercana ya la hora del paseo acostumbrado.

Hallábase la enferma en su habitación, con un bastidor de bordar entre las manos, cuando el doctor se anunció y entró, saludando fría y ceremoniosamente.

Sonríe la loca y muestra al médico la labor que acaba de hacer. Mario Angelote queda él mismo sorprendido: aquella enferma va a curar en muy pocos días.

Un momento después el hortelano aparece y pregunta con disimulo al doctor:

—Señorito, la medicina que voy a darle hoy y que usted me dijo que acabaría de curarla, dándosela con mucho tiento y cuidado, ¿es una cucharada o dos cada hora? No me acuerdo, y debe ser muy importante.

Mario tiembla y frío sudor invádele la frente. Por su imaginación cruza instantáneo el dilema terrible: una cucharada es la vida, tal vez la curación de la locura; dos cucharadas son la vuelta a la locura, quizá la muerte. ¿Y quién le impide a él decir dos en vez de una?

Para disimular su terrible angustia, Mario toma de sobre la mesa un periódico y hace como que lee. No se atreve

ya el hortelano, para no distraerle, a repetir su pregunta... Y los ojos del doctor tropiezan con una noticia de Cartagena. «Los encarcelados por los últimos sucesos serán juzgados sumarísimamente. Entre ellos se cuenta la hija del doctor Angelote, acusada de complicidad con su padre en la revolución.» Y deja caer



el periódico, sintiendo que algo se le derrumba también en su pecho, y es el corazón.

—Señorito, ¿dos cucharadas o una?

—¿Qué dice usted, buen hortelano?

—¿Dos o una?

—Dos serían la muerte. Pues una, que es la vida.

Y el alma del santo, del mártir, debi

llenarse en aquel momento de un claror celestial. La loca le miró sonriente, como si lo hubiera entendido y se lo agradeciera. Tal vez era Dios quien sonreía en sus labios.

Mario Angelote se llevó el pañuelo a los ojos. Lloraba como un niño.



...al pie de la carretera, la despedía con la mano cariñosamente. (Pág. 58.)

Ocho días después, transcurridos en una ansiedad mortal para el padre, que no tenía noticias de su hija ni se atrevía a volver a Cartagena para no excitar más las iras del gobernador, presentóse

una mañana ante Mario el viejo hortelano.

—Señorito, la enferma pide que la lleven con sus padres. Yo creo que ha recobrado la razón completamente.

—Pues llévenla ustedes.

—Es que quiere que la lleve el doctor que la ha curado.

—Imposible. Yo no puedo moverme de aquí.

—Ya se lo he dicho y se ha puesto a llorar como una Magdalena y a desesperarse.

—Eso no le conviene.

—Pues tendrá usted que acompañarla, señorito, acabar su obra.

—¿Acabar mi obra?

—Sí, señor.

—Pues la acabaré. Esta noche salimos para Cartagena. El gobernador tendrá a su hija.

—Y usted no habrá perdido a la suya.

—¿Cómo?

—Sí, señor doctor don Mario Angelote.

—¿Qué está usted diciendo?

—Su hija está ya libre, en casa del gobernador, aguardando que usted vaya con la hija de éste, para echarse en sus brazos.

—Pero... ¿soy yo ahora quien pierdo la razón?

—No, señor. Yo me llegué a enterar de quién era usted, y, cuando supe el gran bien que estaba haciendo a cuenta del mal tan grande que le hacían a usted, mandé al matrimonio que cuidaba a la loca para que lo contase todo al gobernador. Y dicen que la fiera, porque es una fiera, se enterneció, hizo salir en seguida de la cárcel a la hija del doctor Angelote y prometió levantarle a usted el destierro... Ahora saldremos todos para Cartagena.

La profunda emoción rindió las fuerzas del médico, que cayó medio desvanecido abrazando al viejo hortelano.

A la mañana siguiente, tibia y perfumada mañana de otoño, un carruaje partía de la casita y del pueblo en dirección a Valencia. En el carruaje iban el hortelano sentado junto al cochero, y detrás Mario Angelote, pálido de emoción, con la enferma, ya casi curada, que sonreía a la mujer que la cuidó durante el ve-

rano, y que ahora, al pic de la carretera, la despedía con la mano cariñosamente.

Partió el carruaje. Durante un alto en la marcha, el viejo hortelano dijo al doctor:

—Pero, ¡qué bueno ha sido usted! Cuando yo le pregunté si dos cucharadas o una de aquella medicina, más aún que usted temblaba yo, pues me acordaba muy bien de que era una.



PERSEGUIDO POR LOS SALVAJES

Me ocurrió la aventura que voy a referir en Australia, en la época en que había ido a establecerme allí por primera vez. Cultivaba un terreno algo inter-nado en la montaña, rodeado de bosques y sin un vecino en cinco leguas a la redonda. Al principio, todo iba bastante bien, gracias a que cuidaba con solicitud mis tierras y a que me favorecía la suerte, que no deja de ser un factor principal en tales empresas. Claro está que tenía que aprender muchas cosas, pero no me faltaba tiempo ni paciencia para ello, y creo no cometí entonces muchos desaciertos. Sin embargo, corrí una aventura que por poco me cuesta la vida.

De vez en cuando me veía precisado a cruzar tierras de los salvajes, pero éstos no me molestaban nunca en lo más mínimo, y había acabado por considerarlos inofensivos. Sin embargo, en una ocasión, fui víctima de un importante robo de pollos, que atribuí desde luego a esos vecinos. Otro día, como encontrara a uno de ellos rondando mi corral, le intimé

que se alejase, y así lo hizo, aunque re-funfuñando.

Pasaron luego muchos días sin que viese ni rastros de salvajes, y entonces comencé a creer que habían decidido alejarse de mí, convencidos de lo poco que podían robarme.

Había salido a cazar el canguro, montado en mi caballo y seguido de mis perros, y después de una jornada agradableísima, al caer de la tarde avisté un macho hermoso que cruzaba vertiginosamente la llanura. Grité a mi criado, que me acompañaba en la excursión, que podía retroceder si así lo deseaba, y él me contestó algo que no entendí, aunque supuse después que debió ser una advertencia encaminada a que no me alejase mucho en la dirección que seguía, si no quería correr el peligro de tropezar con los salvajes. Poco tardé en perder la pieza, que tal vez se había refugiado en su guarida. Desmonté entonces con el objeto de examinar de cerca el terreno, pero quiso mi desgracia que se disparase en aquel momento el revólver que lleva-

ba en la mano, y mi caballo, espantado por la detonación, emprendió loca carrera hacia casa, dejándome solo en medio del bosque.

No me alarmó este accidente, pues esperaba llegar sin contratiempo a mi casa. Pero pronto tuve que dar un nuevo giro a mis pensamientos al sentir el zumbido de un venablo que, rozándome la cara, fué a clavarse en el suelo delante de mí...

Giré rápidamente sobre mis talones y me encontré frente a un salvaje que, a unos veinte pasos de distancia, estaba preparando otro venablo para arrojármelo. Alcé la mano que empuñaba el revólver, apunté e hice fuego, y el salvaje cayó de bruces, con los brazos extendidos. El ruido seco de la detonación pareció un conjuro mágico que hubiera llamado a la vida al bosque entero. Por todas partes aparecieron salvajes blandiendo lanzas, y yo, dando por perdida la

partida, volví la espalda y salí corriendo como no he corrido en mi vida.

La fatiga entorpecía mis miembros, silbaba mi aliento al salir por entre los apretados dientes, sentía en el costado un dolor cada vez más lancinante... Pero, de pronto, vi un río, y pensé que ése era tal vez un medio de salvación. Gran nadador, estaba seguro de aventajar en celeridad a los mejores nadadores indígenas. Sin titubear me zambullí en el agua precisamente cuando mis perseguidores me pisaban ya los talones. Volví a la superficie sólo por el tiempo indispensable para tomar aliento, me sumergí de nuevo, y nadé en dirección al lugar en donde me había zambullido la primera vez; y al llegar allí salí a la orilla y me oculté en la maleza mientras los salvajes me buscaban en el agua. Hora y media permanecí agazapado, sin respirar casi, hasta que, cuando vi que los salvajes se habían retirado, emprendí apresuradamente el regreso a casa.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

	Págs.
La cabaña del pastor.	5
El tigre obediente.	13
Los ojos del alma.	24
¿El milagro?	32
Gratitud de un millonario.	37
Aventura en los páramos.	43
En peligro de perecer abrasadas.	48
Médico y padre.	51
Perseguido por los salvajes.	59

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

- | | | |
|--|--|--|
| <p>Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete.
Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.</p> | <p>El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusoe.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos.</p> | <p>Cuentos de Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres célebres.
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuento de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Gulliver en el país de los enanos.
Gulliver en el país de los gigantes.
Animales feroces.
Animales domésticos.
Lecturas escogidas en prosa y verso.</p> |
|--|--|--|

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | | |
|---|--|---|
| <p>1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícaro vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.</p> | <p>26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueó.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma.—El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.</p> | <p>53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac. (1.º)
58. id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los Quinientos millones de la Begún.
65. De la tierra a la luna.
66. Alrededor de la luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de un chino en China.
69. Una invernada entre los hielos.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.
71. La vuelta al mundo en ochenta días.
72. Viaje al centro de la tierra.</p> |
|---|--|---|